Alvaro Castillo

Un Mal Dia

UN MAL DIA

ALVARO CASTILLO

© Derechos de autor propiedad de los herederos de Álvaro Castillo.
© Portada diseñada por Lola Sungai
sungailola@gmail.com

Índice

UN MAL DÍA

biografía y enlaces

UN DIA EN LA VIDA DEL ARTISTA PROFESIONAL

Como todos los días, a las siete menos cuarto en punto, sin necesidad de despertador, cuando en Londres, a aquella altura del año (junio, a comienzos), el crepúsculo del día ha ya dado paso a los clarores pálidos del amanecer, Antonio Díaz Jardim abre los ojos, parpadea varias veces y se gira a medias en el vasto lecho. Su mujer, como siempre, aún está dormida; por costumbre y por una vaga superstición que lo ha avergonzado siempre un poco, Antonio empieza su día con un beso distraído en el cabello desparramado de su mujer, que huele a humo sobre un vago relente almizcleño, el olor misterioso del sexo, de la hembra, de la Madre Tierra. Sentado en el borde de la cama, Antonio se despereza despacio, músculo por músculo de brazos, tórax y piernas, con una sensación grata de suave, leve voluptuosidad.

Envuelto por su cómodo y holgado, elegante pijama celeste, con finas y espaciadas líneas amarillas de hilo de oro, Díaz Jardim se incorpora, calza sus pantuflas y ejecuta diversos movimientos gimnásticos por espacio de diez minutos. Acto seguido se encamina -----hasta aquí time present------ al cuarto de baño, a través del amplio vestidor con sus anaqueles, su placard empotrado y sus dos espejos, y se ducha minuciosamente, con gel para la piel, champú para el pelo, esponja de mar, esponja sintética, cepillo de cerda dura y otro de cerda blanda, es-

cobilla para los rincones inaccesibles de la espalda, y piedra pómez para los talones, los dedos de los pies, de forma más suave por el dorso de vello prieto de los brazos y por las piernas, también la fricciona contra la callosidad que escribir a mano le ha formado en la base del nudillo superior del dedo largo o corazón; se afeita con su maquinilla eléctrica, se puntea la barba afeitada con un algodón empapado en loción after shave suave y cara y, envuelto en un gran toallón a rayas azules y blancas pasa al vestidor, donde elige para esa mañana un chándal azul, casi nuevo, que le ha regalado la mayor de sus hijas con motivo de su quincuagésimo tercer cumpleaños, habido unos cuatro meses antes, se calza sus zapatillas de correr, marca Reebok, se pone el cronómetro en la muñeca y se peina su negro cabello corto, aunque rebelde, veteado de plata en las sienes, con peine de carey, cepillo y, por último, el peine de acero de finos y apretados dientes. Se mira en uno de los espejos, se aprueba con un discreto movimiento afirmativo de la cabeza, pasa sigilosamente por el dormitorio, en diagonal hacia la puerta y, tras un breve pasillo, va a dar al salón recibidor.

El gran ventanal muestra el Big Ben, cuya hora coincide al minuto con la de su cronómetro. Perfecto. Se encamina a la puerta de entrada, recoge sus llaves de encima de un aparador bajo y sale, al fin. Su mujer es asustadiza, tiene miedo a ladrones, violadores, serial killers y a todos los furtivos horrores que agrietan y enturbian la pacífica vida doméstica de las clases medias del opulento Occidente en este atroz final de siglo; del siglo, se dice, más sangriento y sanguinario de la historia de la humanidad; de modo que no olvida (nunca olvida nada) pasar la llave a todas las trancas y cerrojos de la puerta de calle (blindada). Baja a pie las siete plantas y atraviesa el hall de acceso, desierto toda-

vía, con andar firme e igual entre los gomeros, los búcaros con rosas y claveles, los frisos pseudogriegos y los espejos y sale, por fin, a la calle.

Un vientecillo apenas perceptible le da al aire una fresca tersura que es de agradecer.

Díaz Jardim anda dos manzanas hasta el bar *The Blitzkrieg*, **cuyo propietario es un irlandés de apellido Mulligan, que ha estado ocho años en prisión como miembro del IRA, y a quien el escritor (profesión de Díaz Jardim) ha utilizado, con el apellido Cameron, en una de sus novelas; concretamente en la segunda parte de Bajo el dorado resplandor de la luna en verano; la segunda, son tres partes, se llama Lluvia; la primera y tercera se llaman, de forma respectiva, Viento y Nubes; en ninguna de las dos aparece Cameron, ni se lo cita siquiera, aunque en Lluvia es el protagonista, y en muchos fragmentos se arroga la primera persona de narrador. Mulligan, aunque hoy por hoy en regla con la ley y la justicia, aborrece de Inglaterra y de los ingleses y no se recata de proclamarlo; de proclamárselo a los mismos ingleses que visitan su bar, que no es un oscuro pub irlandés sino un típico y luminoso bar inglés; un magnífico bar inglés, por lo demás. Aunque de ideas cercanas al marxismo leninismo, Mulligan saluda a la gente, al menos a la que aprecia, con una especie de remedo del saludo fascista y/o nazi, brazo en alto. Díaz Jardim, de cuya amistad se gloría y a quien llama distendida y naturalmente Tony, como éste lo llamaba a él Fred, es uno de sus clientes habituales más apreciados; aunque en realidad, para Díaz Jardim, distan de ser amigos; él no tiene amigos, a excepción del pintor liguanés Milton Ashley, que, como él, se ha trasladado a la ex metrópoli imperial; él tiene discípulos, admiradores, inclusive vasallos y lacayos, y, por supuesto, como todo hombre llegado a su altura, una caterva de enemi-**

gos, pero amigos no, a excepción de Ashley; una amistad, de todas formas, tardía, que nació cuando los dos rozaban los cuarenta. Estos otros dos, Mulligan y él, se respetaban. Tony respetaba en Fred al guerrero que ha sido, que fue, y Fred en Tony al artista que aún es, que ha sido y será, y que además lo ha metido, con su apellido cambiado pero a él, en una de sus novelas; en una de sus mejores novelas. Esa mañana concreta, empero, Fred no esta en su local.

-No ha llegado aún, señor –le dijo Kalash, el camarero ucraniano, a Díaz Jardim, cuando éste, ya sentado a su mesa de siempre, en el rincón, le pregunta por el patrón.

Sin necesidad de que él lo pidiera, le sirven su desayuno de todos los días (excepto los domingos, ya que el bar cierra ese día), compuesto por un capuccino como se debe, con chocolate espolvoreado, un vaso con el zumo de cuatro naranjas exprimidas en el momento, y una botella de agua mineral con gas. Nada de sólidos hasta después de escribir, según le ha enseñado la experiencia.

Con el desayuno le traen su periódico, *The Independent*, **donde una vez al mes aparece su firma, al igual que en** *Le Monde*, *El País*, *Il Messaggero*, *The New York Times*, *La Nación* **y** *Excelsior*, **así como en el coloso japonés** *Nahashi Shimbum*, **con 17 millones de ejemplares de tirada.**

Díaz Jardim lee por encima el periódico mientras trasiega su frugal desayuno, deja el usual billete de propina (cincuenta peniques), ya que tiene cuenta, le fían; cuenta que él paga a plazos irregulares, en realidad caprichosos, de hecho cuando se acuerda o cuando se le antoja. Mulligan jamás se la reclama; no hace nunca ni la menor alusión al

respecto (aunque Díaz Jardim, o DJ, como lo llamaba también el irlandés, Di Yei, llevara varios meses sin saldar su deuda) y, luego de saludar con un fugaz movimiento de una mano al camarero ucraniano que lo hubo atendido cuando llegó, vuelve a la calle. Anda otras once manzanas hasta Hyde Park, y unos quinientos metros más, aproximadamente, dentro del parque, hasta llegar al punto justo del sendero, señalado por dos largos bancos enfrentados y una farola justo en el recodo, que es donde arranca su hora exacta de footing o jogging, para lo cual ajusta su cronómetro en las ocho en punto, para lo que faltan unos tres minutos; después lo reajustará.

A las nueve en punto, según el cronómetro, o sea a las nueve menos tres minutos, se sienta, somera pero cumplida y satisfactoriamente cansado y sudado, en uno de esos largos bancos de hierro pintados de verde, que fueron distribuidos por el parque a propuesta del rey Eduardo VII, y que son quizá lo más perdurable de su corto e inocuo reinado. Díaz Jardim, miembro de una de las escasas familias realmente aristocráticas de Liguania, sobre todo por parte de su padre, simpatiza con aquel anodino y semiolvidado monarca, que relumbró en Europa y América como dandy y Prince of Wales.

Antonio nunca ve la televisión, a no ser que emitan alguna buena película muda o vieja, en blanco y negro; ha visto, empero, la serie entera que rodó la BBC sobre la vida de aquel largamente Príncipe de Gales y brevemente Rey de Inglaterra, de Escocia, de Gales y de Irlanda y Emperador del colosal Imperio Británico, que él fue el primero en proponer como British Commonwealth of Nations, nomenclatura que se adoptaría al final del reinado de su nieto Jorge VI. Era una buena serie, la única que a él, DJ, le ha genuinamente interesado; la tiene gra-

bada íntegra, y a veces le revisa algún episodio o algún fragmento. La encuentra parecida, en su estructura, falsamente lineal, a una de sus primeras novelas, su primer libro que alcanzó repercusión internacional, Todo sobre la vida de Juan Saltillos Varela, y en ocasiones se pregunta si estos ingleses no habrán…; en fin.

Juan Saltillos fue su primer gran éxito de crítica y ventas, traducida a trece idiomas; un éxito después rápidamente, multiplicado por la barroca La hora de los lobos y la compleja y abigarrada Final de trayecto. Tres historias muy distintas fue un experimento, en el que empleó, por primera vez, el dialecto propio suyo, al que ahora dará remate con Fazannas de Termagant en Tierras Vírgenes de Yndias, una novela en la que se entrecruzan tres épocas, la de la Conquista española, la de la dominación inglesa y la de la independencia y los años inmediatamente anteriores y posteriores, es decir, más o menos, la última mitad de los cincuenta y la primera de los sesenta del siglo XX, con tres protagonistas masculinos que pertenecen a la misma denodada familia marujeña (nativos de Isla Maruja, donde él había nacido), y que llevan los mismos nombre y apellido.

'Nacer liguanés es nacer jodido'; así da comienzo la novela.

Sentado en el largo banco verde, relajado, Díaz Jardim divaga en torno a su novela en gestación, con una tranquila sensación de euforia que no le es para nada desconocida. Sabe que se encuentra en el ápice de su potencia creativa; sabe otrosí que una vez acabada Fazannas tendrá que tomarse un descanso, acaso largo, ya que le ha prometido a Leticia unas largas vacaciones y viajar, actividad que él detesta, aunque en razón, primero, de su busca de lugares y aventuras que trasladar a su imaginación y su pluma, y, segundo, de su creciente fama, se ha recorrido la mitad del mundo. Todo esto del descanso, la vacación, el viaje,

lo inquieta misteriosamente, sin saber por qué. ¿O a sabiendas? Él es un artista, un escritor, y lo único que hace bien y con placer, coitos y daikiríes al margen, es escribir.

DJ se levanta y, ya fuera del parque, a la vista del Big Ben, pone en hora exacta su cronómetro.

De vuelta en casa, tras un paseo a paso lento, que le lleva unos veinte minutos, platica otros pocos con su mujer, que desayuna desgreñada, aunque bellísima, sumida en la ¿lectura? de una de esas estúpidas revistas de chismografía que tanto daño le hacen al otrora sólido y discreto prestigio inglés.

-¿Qué quiere decir Sh reud, querido?

-A ver; déjame ver.

Antonio, como lo llama su mujer, se inclina y mira donde apunta una uña rosada de ésta.

-Quiere decir artero, astuto. Se pronuncia shrad.

Son diez y veinticinco; le da el tiempo justo para una corta ducha y cambiarse.

Se viste con su ropa de trabajo, consistente en una vieja camiseta con remiendos, que fue azul un día y hoy es gris, un gris gastado y desigual a fuerza de mil lavados, un pantalón bolsudo que conserva de sus años jóvenes, lleno de rotos y más remiendos y, por ser casi verano y hacer casi calor (entendido a la inglesa), descarta sus gruesas medias deportivas y se calza unas playeras baratas, flexibles, de goma, sin los calcetines; las playeras llevan una lengüeta fija que las sujeta entre el dedo gordo y el largo. El calzado importa poco, de hecho. Lo que real-

mente importa son la camiseta y el pantalón, unos jeans, o vaqueros, que le regaló su prima carnal, novia y después primera mujer, Carmencita Mendizábal.

La camiseta se la compró, no recuerda dónde ni por qué, aunque sin duda en Queenstown o, acaso, en Isla La Maruja; seguramente porque sí, porque Ñame llevaría una igual o muy parecida y él, en aquellos toscos, rudimentarios y mareantes años de aprendizaje (*lehrjahre*), hacía todo lo que hacía Ñame, que era el jefe de la banda, el mayor de todos, el primero que se había culeado una sirvienta y el que tenía la picha más gruesa y más larga. Ñame, también llamado Pichincha, o Larguito, o Toy o Twister Guerrero Morphy, James Francisco Alexander de nombres bautismales, es biznieto del general escocés Douglas L Morphy, vencedor de la rebelión criolla encabezada por los legendarios, quizá míticos o mitológicos hermanos Silva; la estatua ecuestre del general ilustra St James Square, en el centro o punto cero de Queenstown, entre macizos de flores blancas y rojas y ribetes de césped, encerrados detrás de veinte centímetros de rejas desplegadas en rimeros de líneas convexas entrecruzadas, el hierro maltratado por los años, por el salitre del mar, el orín, el moho, el hastío, la desidia, la herrumbre; la estatua esta adornada por centenares de blancas deposiciones de palomas, que le dan un aire modernista, quasi abstracto.

DJ la vio, con Leticia, hará unos dos años, algo menos, y Leticia la fotografió, como hizo desde distintos ángulos, con otros cientos de sitios, esquinas, estatuas, playas, gente, Gente anónima y al Premier Alejandro Wirtz-Solanas, a Lafayette Ramírez y al Tremebundo mausoleo de su medio hermano Big Tom, con su efigie en mármol metralleta en manos: eso y cien o mil cosas y casos y casas más. Y a él, DJ, en un portal, un zaguán, una esquina, a la sombra de una iglesia, de la catedral,

en la solemne escalinata de Parliament House, sede de las tres cámaras, Asamblea, Diputación y Senado, del peculiar sistema legislativo vigente en el archipiélago desde que triunfó la independencia, la revolución independentista, encabezada por Big Tom Ramírez; también frente a las rejas de Goverment Place, donde se reúne el Poder Ejecutivo, compuesto por el Premier y sus ministros o secretarios, y frente a los tupidos árboles que flanquean el sendero con su rotonda final de la Casa del Primer Ministro, en el lujoso barrio de los Old New Fields, en el distrito elegante de La Columela, del lado hacia fuera del Arroyo Griseco, con el bello y amplio puente, La Columela Bridge, que lo sortea; un hilillo de aguas turbias, marrones, con pradillos de hierbamala sobre ambas orillas; también en el puente y en la orilla baja, o sudestina, del arroyo, a cierta distancia, porque los bordes interiores de las orillas son pantanosos y hay todo tipo de insectos, desde el mosquito anofeles, de la malaria, al mortífero alacrán de humedal, letal pariente del escorpión de tierra seca o de desierto; también parece que hay serpientes: víboras ciegas, gusanos azules, la venenosa serpiente crucifixión, que alcanza el metro y medio, se enrosca sobre sí misma y lleva carraca en la cola, la inofensiva y veloz víbora mus mus y otras.

Un sitio que Antonio prefiere no pisar, aunque de muchachos, de adolescente, con Ñame al mando, competían en cazar alacranes con redes de mariposa; una mañana, él aún lo recuerda, con una especie de taimado y lateral orgullo superviviente, Antonio cazó seis, más que ningún otro, más que el mismo Ñame, que se enfureció y lo tildó, no por vez primera pero con rabia, no con desdén, de mariconcillo y de nené de mamá.

Hoy día, después de quizá cuarto de siglo sin verlo ni saber nada de él, y pasados frisados cuarenta años de aquellas primerizas expe-

riencias, vergonzantes a sus ojos actuales, odiosas, Antonio se percata, con un sentimiento mezcla de ira, repulsión y remordimiento, de que todavía aborrece a Ñame con toda su alma. El celebrado escritor y, según sus últimas noticias, de hace alrededor de un cuarto de siglo, un empleaducho de banco, porque los Guerrero, como los Morphy, tendrían y retendrán mucha prosapia, tanta al menos como los Díaz Jardim, pero la fortuna, los campos petrolíferos –los primeros que se explotaron en Liguania, en las islas León y Manzarrivas-, la central hidroeléctrica de la Great Liguania, o Isla Grande, que abastecía de energía y luz a Hellbroom, la ciudad más poblada del país; todo aquello se lo habían comido las generaciones de dandies y rameras finas, ávidas manos ajenas y el mero transcurrir del tiempo. Ñame Guerrero, dos años mayor que él y su ejemplo a imitar, el de la polla más grande y los puños más fuertes, el que más resistía el alcohol y el primero que se folló a una criada, piensa Antonio, ¿lo habré odiado todos estos años sólo por eso, por la verde y vertiginosas envidia, por los sublimados y secretamente voceantes celos?

Antonio Díaz Jardim se sentó a escribir, encerrado en su despacho, a las diez y cuarenta y seis minutos, y terminó la frase que había dejado inconclusa la víspera. Luego meditó largo rato. Escribía en una vieja Smith-Corona, de cinta, con cinta azul de seda, que usaba un máximo de cuatro pasadas antes de cambiarla por una nueva. Tenía siempre una caja de doce cintas en el cajón del medio de su mesa escritorio, negras y azules, y varias cintas sueltas, protegidas, cada una, dentro de su propio envoltorio de celofán. En otra mesa tenía un ordenador personal, que podía conectar con la redacción del *Independent* para enviar sus artículos mensuales, que escribía en inglés y que traducía él mismo para los diarios en idioma español en los que se publicaba; también,

aunque no siempre, escritos en francés, para *Le Monde*, el gran periódico diario de París, que él también traducía, en este caso al español y al inglés. Los artículos mensuales los escribía directamente en el ordenador, en el que también escribía casi todas sus cartas, en el que rellenaba su declaración de renta y al que usaba para otras molestias de diferentes y variados calibres. La Smith-Corona la reservaba para sus obras literarias. Había escrito con ella su primer libro, Un verano en Queenstown, de cuentos, nueve cuentos breves, un libro que había pasado debidamente inadvertido, y a partir de aquella olvidada obra juvenil había nacido, crecido y solidificado su ansia, primero, su vocación, más tarde, su profesión, finalmente, de escribir, de escritor.

Antonio tenía 19 años cuando se publicó su primer libro, tenía 16 cuando laboriosamente empezó a redactar el relato 'El beso de la hija del confitero', que al final no se publicaría en aquel volumen inicial, aunque serviría de inspiración, muchos años después, para la múltiple Ícaro sobrevuela París, explícito homenaje a Joyce y, genéricamente, a Ulysses, y, en especial, al memorable capítulo IX de la novela, que, para Díaz Jardim, es la más grande novela que se ha escrito jamás. Los más grandes escritores, en su opinión, en su terreno, por supuesto, el de la narrativa, son Shakespeare, Sófocles, ya que la tragedia, leída, no en el teatro, al que a Antonio se le vuelve espeso asistir, es una novela, son novelas, también en el caso de Shaw, de O'Neill, de los demás grandes clásicos griegos, de Plauto y Aristófanes, novelas en vis cómica en sus sendos casos, como en el de Moliére, la comedia, el humor, la sal gorda o delicada, el método clásico de burlar la interminable censura; y lo mismo valía para las de algunos otros pocos dramaturgos legibles.

En cuanto a la narrativa en si, los grandes eran Stendhal, Kafka, Proust acaso, acaso Balzac, y sin duda Tolstoi, Henry James y Faulkner

y, por supuesto, Joyce, que era el más grande maestro de la palabra, cabeza a cabeza con Shakespeare, de todos los tiempos; ambos, es claro, beneficiados por el múltiple y quizá sin límites idioma inglés, Que yo pude elegir para escribir, se dice Antonio, con un sí es no es de orgullo; en cambio me decanté por el repetitivo y huero español, el idioma de papá y de mi tío abuelo Rodolfo, que me llevó de la mano por los primeros pasos de la magia de la ficción narrativa; Los viajes de Gulliver, Robinson Crusoe, El hombre invisible, Los tres mosqueteros, Las aventuras de los Pardaillan, los primeros libros que Antonio había leído. Nunca leí libros para niños, ni siquiera La Cenicienta o Pinocho o Pulgarcito. Los había leído ya adulto, y los había encontrado sosos y ñoños excepto Pinocho, un libro perverso, obra de un genio tortuoso y psicótico, sin duda. Pinocho, Antonio, la había leído tres o cuatro veces. En cuanto a sus novelistas preferidos, los verdaderos, los que guarda en su corazón y no ha delatado jamás a otros, son hoy día Dickens, Scott, Chesterton, Wells, Dumas, Kipling y Blackwood, aunque mañana o el mes que viene algún nombre puede cambiar, otro se puede sumar; lo mismo vale para la lista precedente.

El último autor mencionado, Algernon Blackwood, un genial narrador hoy prácticamente sumido en el olvido, es el que más influencia ha tenido en el estilo de Antonio, también en la trabazón de sus historias. Por alguna razón oscura, sin duda vergonzante, él rara vez menciona a Blackwood entre sus meras lecturas; jamás lo ha citado entre sus escritores guía, según él los califica, como, empero, sí lo ha hecho, por ejemplo, con Matthew Thornthorn, el escritor liguanés, en lengua inglesa, más respetado y famoso del archipiélago; un escritor que hace ya muchos años que ha dejado de importarle por completo. Tiene, te-

nía, cree, unos pocos libros suyos, perdidos entre los más de seis mil volúmenes de su biblioteca.

La poesía, por otro lado, le interesa poco, aunque admira grandemente la diabólica destreza esparcida por Shakespeare en sus inigualables y enigmáticos sonetos; también aprecia a Donne y la delicada música de los versos de Joyce, así como la dura partitura de los de Pound; eso en cuanto al inglés. En cuanto al español, se cierne a fray Luis y a San Juan entre los, digamos, clásicos, y a Juan Ramón, Machado y el hispanoamericano Darío entre los, llamémosles, modernos. De los otros cuatro idiomas que maneja con soltura, francés, portugués, italiano y alemán, sus gustos, en relación al verso, son, como poco, dispersos y eclécticos: Hugo, por supuesto, aunque en dosis moderadas, Villon, las viejas rosas del huerto de Ronsard, Alcools de Apollinaire y el frívolo y cáustico Laforgue, que, recuerda Díaz Jardím, en su despacho, mientras mordisquea el cabo cerrado de un lápiz, nació en ¿Paraguay?, ¿en Chile?, ¿en Uruguay? En Uruguay, estoy casi seguro; del portugués muy poco, apenas si los versos melancólicos y a menudo lúgubres de la brasileña Cecilia Meirelhes, y faltan un par de nombres más, y Camöens, del alemán Walther von der Vogelweide, poemas o fragmentos o pareados o versos sueltos de Goethe, cosas de Schiller y algo de von Arnim y de Holderlin.

El Fausto lo había empezado quince o veinte veces y lo más lejos que había llegado era hacia cerca de la mitad. Del italiano La Divina Comedia, la obra que, según Borges, justifica por sí sola la existencia del género humano, y después Leopardi, nada más; no soportaba a Petrarca, aunque se lo callaba. En cuanto al arduo latín, para el que precisaba todavía de la ayuda del diccionario para entenderlo de manera

mal que bien cabal, prefería sobre todos a Horacio y Lucrecio, cuyo áspero y espinoso, a más de traicionero y enigmático De rerum natura, era uno de los pocos libros largos de versos que lo habían fascinado, y del que de vez en cuando leía largos fragmentos; la Eneida la había farragosamente leído, movido por una especia de misteriosa fidelidad o lealtad a Dante; le había resultado, de todos modos, menos pesada que Paradise Lost y el Pilgrim's Progress, largos poemas que había leído porque se había sentido obligado a hacerlo, como escritor aún en ciernes que entonces era, indeciso entre el inglés y el español como herramienta para lo que escribiera de entonces en el futuro. Tenía veintidós años cuando leyó el libro de Milton y veinticuatro/veinticinco cuando leyó los dos del griego; optó definitivamente por el español, quizá, por el hastío insondable que le produjeron aquellos dos libros en el alma; un hastío tan amplio, que tanto abarcaba, que incluía la tristeza, la melancolía, un difuso dolor genérico por el género humano en general y por los ingleses en particular. Aunque había leído muchos de sus sonetos, todas sus tragedias, algunas comedias y un par de sus dramas históricos, Antonio todavía desconocía la potencia incomparable y la diáfana belleza que encerraban las líneas que firmó William Shakespeare. Las perturbaban, como tropiezos en un camino, sus chistes malos y repetitivos, sus discursos hinchados y vanilocuentes, sus abundantes ripios; era demasiado joven todavía, de modo que lo apresurado, lo torpe, lo feo, el relleno, en suma, lo barroco, le impedían apreciar en toda su dimensión la belleza del estilo de Shakespeare, que es lo insuperable de este escritor, tanto en sus obras teatrales como en sus sonetos e inclusive en sus mal hilvanadas piezas que llamó Rapto de Lucrecia y Venus y Adonis.

A los veintiséis Díaz Jardim publicó su Juan Saltillos, su tercer libro, que no sólo lo lanzó a la fama sino que, lo que era para él mucho más importante, definió definitivamente su hasta entonces indecisa y precaria vocación, entorpecida hasta aquel momento por sus fatigas, bastante exitosas, en la práctica del cricket, el deporte nacional, endémico, de Liguania; desde que terminó Juan Saltillos hasta que abandonó Liguania, a los 32 años, ya no volvió a practicarlo de forma sistemática, integrado en un equipo de primera categoría; lo jugaba, cuando volvía de visita, emigrado a diferentes puntos de Europa y USA, de forma esporádica, con amigos. Su carrera deportiva, en la que había puesto tanto o más empeño que en la literaria, se había muerto para siempre en aquellos lejanos días, cuando él estaba en la cumbre de aquel metódico y científico deporte para el que estaba tan bien dotado y al que tantos sacrificios había consagrado. Una de sus muchas novelas cortas se llama, precisamente, The cricket player, título por demás engañoso, ya que está escrita en español y apenas si versa sobre el cricket.

Aparte de los siete ya citados, Antonio Díaz Jardim, a los 53 años, había publicado otros veintisiete libros más, todos y cada uno éxitos de ventas y de crítica, y Fazannas, cuando se publicara, sería su Opus nº 35, lo que le había dado la idea, hace muy poco, de publicar un libro que se titulara Opus 37 o 39 o el número que le tocara cuando escribiera su aventura carnal de adolescencia con su tía política Ilse Schmarr, la madre, por otro lado, de Carmela Pigott-Pyke, su segunda mujer, también prima de él aunque en segundo grado. Antes tenía que escribir La romanza rosa y, acaso, su libro sobre Flaubert, de los que tenía abundancia de anotaciones e inclusive largos fragmentos manuscritos y también mecanografiados, al menos de La romanza, a la que tenía completa, acabada, en su cabeza, a pesar de lo complicado de su trama, en

la que se entreveraban trece historias diferentes y más de treinta hilos narrativos. El libro sobre Flaubert era mucho más sencillo en cuanto a su estructura, aunque quizá le resultara más difícil de desarrollar y de escribir, ya que se trataba, no de una biografía, sino de una interpretación y un análisis de los titánicos, patéticos, atribulados y sufrientes esfuerzos del escritor ante su obra, ante cada página en blanco. Antonio considera a Flaubert, con el antecedente cercano de Stendhal, y el más lejano de Diderot, como el primer escritor moderno, contemporáneo, de ahora, de hoy, de ya. Ha leído cuidadosamente el insuficiente y farragoso (y falso en buena parte) libro de Sartre sobre Flaubert, L'idiot de la famille, así como muchos otros trabajos sobre el autor de Bouvard et Pécuchet, entre ellos el largo ensayo, mediocre, de Belloc, así como las Considerations de André Gide y el excelente trabajo de Chaïm Goldecz, de publicación bastante reciente y aún no traducido al español, aunque sí al inglés.

El de Goldecz, L'aventure solitaire de Gustave Flaubert, era una obra magnífica, sin duda, pero más de pesquisa e investigación que de análisis, un libro más extravertido que introspectivo; nada que ver, por lo tanto, con el que él planeaba. El título, provisional, del suyo, era Del martirio al éxtasis o El artista de la era del racionalismo. No era un libro narrativo, como todos los que había publicado hasta el día de hoy, pero tampoco era un ensayo. La imaginación y la cosmovisión artísticas, esperaba Antonio, tendrían más peso que el propio análisis, que a su vez lo tendría decuplicado en relación con datos, fechas, títulos, nombres y todos los resultantes de las pesquisas, buscas, prospecciones y *enquetes*, para acabar en francés.

Tengo que ponerme, piensa Díaz Jardim, Tengo que avanzar. Voy retrasado según mis planes, aunque no según lo que le prometí a la agencia. Tengo que concentrarme, maldita sea.

Lo pensaba, lo intentaba, pero no podía; hoy no. Hoy era uno de esos días negros, que le sucedían de tanto en cuanto y que ya de algún modo había atisbado o vislumbrado desde que se despertó, o al menos mientras se duchaba, porque recuerda que confusamente había pensado en el personaje de Inziart, el esbirro de los Carpentras, uno de sus principales esbirros, del que ya mucho se ha dicho pero que todavía no ha aparecido en escena, y él tenía previsto hacerlo aparecer hoy, sin descripción ninguna, sólo su intrusión en casa de Weygand Smith, el timbrazo perentorio, la puerta que se le abre y él que entra y le da un pellizco cariñoso a Germanita Carpentras en la mejilla, se inclina para que ella lo bese y, a partir de entonces tendría que intervenir de vez en cuando en el diálogo, sin salirse de un segundo plano. Para mañana era el capítulo catorce, que empezaba cuando Inziart desdeñaba el automóvil con chauffeur en el que había llegado a lo de Smith y se iba andando hasta el espigón del faro del puerto deportivo del Círculo de los Arponeros, con su mente maligna y retorcida llena de ideas de odio, lujuria, venganza y sobre todo codicia y ambición; después un brusco corte al interior del Círculo donde Mme Carpentras, Tollie, juega al bridge con otros tres y hace la ya escrita muequecita de asco cuando ve a Inziart asomarse a la puerta del salón. Tenía que haber llegado mañana a la muequecita, Esas cuatro preciosas líneas que escribí, ¿hace cuánto?, se dice, apenado y furioso, Díaz Jardim.

OJO DJ lee las cuatro líneas. OJO

Hoy, su lado oscuro, su costado servil, se han impuesto a su lado luminoso, a su costado dominante. En fin. Todo marchará, todo se arreglará. Tengo que salir de aquí con la sonrisa satisfecha del deber cumplido, porque si no Leticia, Ay, cariño, qué te pasa, qué ha ocurrido, has tenido un mal día; la canción no acabaría hasta que se durmieran. Y lo peor es que la pobrecita se preocupa de verdad, y todo por culpa de la vanidad y del orgullo de él, que una tarde le había dicho que un día perdido de escribir era como una herida en el corazón, como una laceración en el alma, casi como no echarle un polvo a ella. Y ella, la muy tontina, la dulce y deliciosa tontita que lo había embrujado, se lo había creído. Cómo quiero a esa remaldita pendeja.

Con treinta y cuatro libros publicados, hacía ya una década, como poco, que el nombre de Díaz Jardim sonaba todos los años a medida que se acercaba el momento en que se elegía al Nobel. Que en estos aún recentísimos años el galardón hubiera recaído sucesivamente dos veces en el idioma castellano, mediante los nombres del mexicano Paz, magistral ensayista, al menos en ocasiones, y buen poeta, y del execrable y vomitivo español Camilo Cela, hacían difícil que el idioma que Antonio había elegido para escribir sus libros volviera a recibir el espaldarazo sueco en un buen montón de años. Mala suerte, se dijo Antonio. En realidad le importaba un bledo, un jaray, como se hubiera dicho en Isla La Maruja, La Marujita, su pequeño rincón natal. Nunca le habían importado los premios, los galardones, la fama. Había hecho dinero, mucho, con sus novelas, pero jamás había escrito ninguna, ni una línea de ninguna de sus treinta y cuatro novelas y media por dinero. De hecho, cuando empezó, con su libro de cuentos y después con su primera novela, rechazada cuatro veces, ni se le pasaba por las mientes la idea de vi-

vir de la literatura, de convertirse en un profesional del arte vulgar y sublime, pedestre y prosaico, de la narrativa en, precisamente, prosa.

'Día llegará', le había dicho una vez, confiado, a Leticia, cuando noviaban todavía, en relación con el Nobel, que poco se le daba, y se lo había repetido más de una vez, cuando llegaba un octubre y el galardón recaía en Equis, en Jota, en Zeta o en Cela, después de casados. Día llegará, se dice hoy a sí mismo, metido en su despacho, sin demasiado interés, con una mueca burlona que observa de reojo en el espejo que cuelga de la pared del fondo. No tiene interés ninguno por ganar o no ganar el Nobel, y menos aún ilusión. La ilusión la reserva para sus libros; la ilusión, el entusiasmo, la energía, la vitalidad, las ganas; inclusive una especie de optimismo infantil, que renace cada día, lentamente, a medida que se ducha y afeita, se desayuna, practica jogging, se vuelve a duchar y se sienta a su máquina. Antonio Díaz Jardim es un optimista incurable, a pesar de que sus libros destilan una especie de pesimismo basal, aromatizado, barnizado, disfrazado por la frivolidad, el fino patetismo, los ligeros toques humorísticos, la complicada intriga que se enrosca y desenrosca de forma continua a lo largo de cada novela, las niñas pijas y los niños de papá, los groseros nuevos ricos, los ridículos señorones, el absurdo cenital de la vida, de cualquier vida, el grotesco ministro Cuevas en Los perros de San Roque, la frígida inocencia de Cándida Güemes en Recuerda el Muro de Berlín, los fantasmagóricos y salvajes hermanos Corona-Jones de El Bibliotecario, el Casanova bibliotecario, encorvado y cansado, mal pagado y mal vestido, mal tratado por el mayordomo y el aid de chambre de su amo, ignorado por éste, setentón, balbuciente, narigudo, en torno a cuya figura legendaria y ya disuelta en polvo y nada gira la novela, que arrastra una espantosa

aventura de crímenes y venganzas desde el siglo XVII al siglo XX, y se continúa hasta el siglo XXII.

Nunca, se dice Antonio y repite, ha escrito él un libro con finalidad monetaria, aunque el dinero le interesa de una manera que a veces lo llega a avergonzar. Hace poco escribió el argumento para una serie documental de cuatro episodios sobre la vida de Samuel Taylor Coleridge, para la BBC, por doscientas mil libras después de impuestos, que su agente y él habían conseguido después de una dura batalla, obligados a firmar un contrato de más de cuarenta páginas en el que se pormenorizaba lo que se esperaba del autor del argumento; un argumento muy detallado; no el guión que era cuestión de un equipo británico muy profesional y avezado en esa materia. Antonio disfrutó, pese a todo, recreando a Coleridge, opiómano y triste, para un serial de tono didáctico más que dramático o que meramente documental. Con aquellas doscientas mil libras Antonio se había comprado un espectacular ático en New York, al que ya le tenía echado el ojo, y le había sobrado algo, inclusive, para que Leticia se matriculara en un exclusivo club de golf en Londres, más allá de Mayda Vale, al que él a veces la lleva, del que a veces la recoge. A la niña la hace feliz, se dice, convencido. La serie, que Leticia ha visto íntegra, él sólo en parte, aunque la tienen grabada en DVDs, por obsequio de la gran cadena británica, quedó bastante bien; las ensoñaciones del opio, que Antonio había descrito con entusiasmo, llenas de fuerza e iluminadas por la turbia luz de las lamparitas chinas de los fumaderos, para lo que se había apoyado en el gran De Quincey, plagiándolo inclusive cuando no había más remedio, así como la faceta de gran conversador de Coleridge, conversación o charlas de las que, según Mathew Arnold, nace el romanticismo no sólo inglés, eran dos facetas difíciles de plasmar en imágenes y diálogos, de lo que la serie se

resentía bastante. La lectura del fragmentario pero hermosísimo 'Kubla Khan', en la voz del ya valetudinario Gielgud, dicha en off, vibrante, metálica, con un timbre joven todavía, mientras la imagen muestra a Coleridge dormido, en un sofá tapizado en rojo, contra las fibras entrelazadas de una glorieta luminosa de jardín, es, para Antonio, a pesar de que la escena no figuraba en su argumento, sino que fue idea exclusiva del equipo de guionistas, o acaso del productor ejecutivo, o de un electricista, váyase a saber, el momento más emocionante de toda la serie entera, o al menos de dos o tres episodios que él ha mirado.

Respecto del dinero, Antonio paga siempre puntualmente sus elevados impuestos sobre la renta, sin tratar de desgravar de manera no ya ilícita, ni siquiera dudosa, ni un solo penique. Sus derechos de autor, más lo que le paga la cadena internacional de periódicos para la que escribe su artículo mensual, más algún trabajo eventual que en ocasiones contadas acepta, siempre a tenor de los emolumentos que se le ofrezcan, entre los muchísimos que se le ofrecen, le permiten vivir de forma harto desahogada, así como mantener con holgura a sus dos primeras mujeres y a los tres hijos derivados de aquellos torpes matrimonios endogámicos; lo mismo vale para su hija ilegítima y su hermosa si bien rencorosa madre. Tenía unos ahorros que superaban, sumadas las diferentes cuentas abiertas a su nombre y al de Leticia, el medio millón de libras en metálico, varios millones de dólares en bonos, deuda y prudentes acciones y también era el dueño de muy variadas propiedades, casas, apartamentos, despachos, su viejo piso de soltero de París, la primera vivienda que había comprado en su errante, ¿o errática? vida, Propiedades, pues, sí, dispersas por toda Europa, inclusive Rumania, por Norteamérica y en su lejana Liguania nativa.

Largo rato pasa Antonio sin golpear una sola tecla. Repasa, por encima, con movimientos nerviosos, las cuatro hojas del capítulo XIII de la novela, que ha escrito ayer, y que no son tan buenas como se lo pareció ayer al terminarlas. Con uno de sus cien lápices azules o negramarillos de mina blanda y muy negra, hace algunas tachaduras en las líneas mecanografiadas y escribe muchos añadidos en los anchos márgenes de las hojas. Antonio utiliza, para sus libros, desde hace al menos veinte años, hojas tipo DIN/A-4, a veinticinco líneas de unos cincuenta espacios cada una, hoja por hoja, lo que le deja amplios márgenes en los lados y en los bordes superior e inferior para agregar añadidos a mano. A veces precisa de más espacio aún, y en esos casos usa unas hojas cuadriculadas, pequeñas, que arranca de una libreta y les corta el reborde dentado; a continuación las grapa a la hoja mecanografiada. Hay hojas, en lo que se lleva hecho de Fazannas, como las hubo en todos sus libros precedentes desde que empezó a emplear este sistema, que fue con Pasión del Tragasables y la Comefuegos, su sexto o séptimo libro, hay hojas, en efecto, que tienen hasta media docena de hojitas cuadriculadas grapadas por adelante, con la grapa colocada en diagonal cerca de la esquina superior derecha, mirándola, de la hoja. Las tachaduras, en cambio, son escasas. Antonio escribe por acumulación, por capas, siempre a partir de un núcleo breve, tosco y desmañado, que cambia y crece a medida que se desarrolla. No se considera un gran estilista y probablemente no lo sea, de la envergadura de Borges o Jiménez, por ejemplo, para no salirse de la lengua castellana; se considera, y es, un escritor sólido, con una habilidad casi mágica, y sin duda maligna, para el armado y la trabazón de sus novelas, bien sean breves, de alrededor de cien páginas, o largas, de las trescientas a las seiscientas, e incluso de tamaño descomunal, como Anatomía de París y Londres, su libro más

extenso, que tiene 931 páginas, repartidas en dos volúmenes, en su edición de tapas duras, y 860 en un único bloque de letra diminuta en las ediciones en rustica de bolsillo; ¿qué bolsillo, se pregunta DJ, podrá cargar con semejante ladrillo? En todas sus novelas, largas, medianas o cortas, hay, invariablemente, multitud de personajes, varias historias que se entrelazan o se desenvuelven en paralelo; muchas de sus novelas más largas, por no decir todas ellas, son una suma, en realidad, sutilmente disimulada, de equis o zeta diferentes novelas breves, de ochenta a ciento veinte páginas cada una; Mi medida, se suele decir, estrictamente para sí mismo, Antonio.

Su medida preferida, su medida natural, la distancia, el área en la que se siente mejor, más a gusto con lo que hace, más a gusto consigo mismo, más a gusto con el mundo, con este terrible mundo en el que, piensa, vivimos por ley de azar, un microscópico espermatozoide entre decenas de millones alcanza la meta, se mete en el óvulo, y nazco yo, un ligero temblor lo recorre por la espina dorsal; el espermatozoide que perdió la carrera por media milésima de milímetro sin duda era hembra, acaso un marimacho o puede que una brillante científica, por ejemplo una astrónoma, la que hubiera descubierto, en su día, la causa primera del nacimiento y la expansión del universo, se dice DJ, o qué sé yo. Silba un arrancado, los primeros compases. ¿Por qué? Hasta lo reconoce; es Vendedor de sueños. Él detesta el arrancado. ¿Por qué me pongo a silbarlo, entonces? ¿Añoranza, nostalgia, que lo han zancadilleado de súbito? No es la primera vez que le pasa, silbotear compases de algún arrancado. No más lejos que ayer, bajo la segunda ducha, de vuelta del jogging, se percató de Dime que sí, que sus labios tarareaban. ¡Qué barbaridad!

Una vez, en una conferencia de prensa que había protagonizado en el Ateneo de Madrid, un periodista especializado, un tal Juan Vicente Caballero, un español, le había preguntado, con educada malignidad, si no se sentía más cómodo cuando escribía novelas cortas que cuando escribía otras más largas; añadió que para él, como lector y periodista especializado en literatura, como escritor también, ya que era autor de unos libritos de versos y de un par de mediocrísimas novelas, de lo que Antonio no estaba enterado cuando se enfrentaron en el Ateneo y que unos días después hojeó; la rabia, inclusive ese raro y endiablado sentimiento al que la gente llama odio, bullían en su espíritu cuando compró de su bolsillo y miró por encima aquella bazofia. En el Ateneo, Antonio había rebatido con serenidad y aplomo sólo aparentes la hipótesis de Caballero, que en esencia era acertada; y la había rebatido precisamente por eso. Antonio era plenamente consciente de ser un novelista de aliento corto, y esto, frente a sí mismo, suponía una especie de retorcida mengua o minusvalía, como si le faltaran un brazo y una pierna y fuera sordo de un oído. Para él, planear, desarrollar y redactar una novela de largo aliento suponía un esfuerzo mental y físico que lo agotaba; necesitaba reescribirla, una vez terminada, a veces cinco, a veces más veces para darse por medianamente satisfecho. No disfrutaba como cuando se planteaba novelas de corto aliento, con las que gozaba mental y físicamente al escribirlas, al retocarlas, al reescribirlas y volver a retocarlas; hasta tal punto era así que no las hubiera abandonado nunca; si se hubiera dejado llevar por ese maligno placer de tocar y retocar, de hacer y rehacer, que en realidad no era sino la busca de la perfección, de la inalcanzable, imposible perfección, hoy todavía estaría dándole repasos, toques y retoques a La carretera a ninguna parte, su segundo libro, que escribió entre los veintiún y los veintidós años y que

le costó publicar más que el primero, tanto que las cuatro principales editoriales de Liguania que publicaban en español lo rechazaron, inclusive Parva Domus, que había editado su libro de debutante y cuyo director, Marcos Teselbaum, escritor él también, y bastante prestigioso, lo había colmado de elogios e inclusive, a petición propia, le había escrito un breve pero entusiástico prólogo. Con La carretera, en cambio, fue muy crítico.

-Antonio, has retrocedido –le había dicho-. Creo que, por ahora al menos, eres más cuentista que novelista. Tal vez cuando madures, sin duda, mejor dicho, escribirás buenas novelas, quizá las mejores que se hayan escrito nunca en español en este país, porque el talento lo tienes, y de sobras, pero de momento yo, en tu lugar, me concentraría en el cuento, perfeccionaría mi estilo y mi forma de narrar escribiendo cuentos cortos, y sólo me lanzaría al océano de la novela cuando hubiese madurado lo suficiente.

-De modo que no me lo publicas, ni siquiera gratis.

-No te haría ningún favor, Antonio, muchacho; al revés, te perjudicaría. Hazme caso, hazle caso por lo menos a la voz de la experiencia; llevo treinta años en el mundo de los libros, bien como editor, bien como escritor. Si esto –agitó en la mano el breve volumen mecanografiado que Antonio le había llevado, en persona, un par de semanas antes, bien encuadernado, metido entre tapas duras y con triple anilla en el margen interior, para facilitar la lectura; encuadernarlo le había costado dinero, algo de lo que siempre andaba escaso en aquel tiempo hoy ya lejano, casi ajeno; y aquel judío pomposo lo sacudía como si fuera un periódico de la semana pasada-, si esto –repitió- lo hubiese escrito, qué sé yo, Arturo Mendiluce, o Rick Patino, que son escritores que ni fu ni

fa, lo publicaría, porque es lo que sus escasos lectores esperan de ellos; más no. De ti, tus aún escasos lectores, entre los que me cuento, que seremos legión un día, esperamos mucho, pero mucho, muchísimo más.

Antonio le arrancó el manuscrito de la mano y se fue sin despedirse; no porque estuviera irritado ni se sintiera ofendido o maltratado, sino porque sabía que si abría la boca las lágrimas se le agolparían en los ojos y no podría evitar el llanto; un llanto de amargura y frustración. Había dedicado más de un año a aquella novelita, cuyas 140 escasas páginas mecanografiadas se reducirían a unas cien en un formato de libro standard. Antonio sabía, sin el menor género de duda, que La carretera era un libro cien veces mejor que Un verano. La satisfacción, el placer, el deleite, el gozo con el que había planeado, esbozado, escrito y reescrito, corregido y retocado La carretera se tiñeron de tristeza, de amargura, de fracaso, dolor y frustración cuando el libro le fue rechazado por Teselbaum. Los tres rechazos ulteriores le dolieron cada vez peor. Por eso, de vuelta en su apartamento de soltero –estaba entre su primer y ya concluso matrimonio con Carmencita y el segundo, ya noviado con Carmela y prometidos para una fecha aún no definida pero sin duda cercana-, después del cuarto y último rechazo, Antonio pegó puñetazos en las paredes, y por primera y única vez se emborrachó en solitario.

Primero pensó en irse a Hornillos, una barriada de Queenstown donde estaban los mejores burdeles, como el de La Carioca, su preferido, propiedad de un matrimonio de brasileños; ella, la mujer, Iracema, había abierto el local en sociedad con su hermana Aracelis, hacía más años que los que Antonio tenía, cuando Liguania era todavía un dominion inglés, o sea una colonia. Ahora, retirada de la práctica de cama,

casada con un respetable señor que gastaba pajaritas y cuellos duros, monóculo y polainas, que hablaba un español cantarín y equívoco, por ingenuidad o deliberadamente, la antigua fulana Iracema, mejor conocida como La Carioca, tanto para los hispanohablantes como para los angloparlantes del archipiélago, ya que su fama se había extendido de la Isla Grande a las otras islas, se había convertido en propietaria, junto a su marido, del mejor burdel de la ciudad y acaso del país entero, al que había bautizado con el apodo de guerra por el que ella era conocida en sus años de esplendor. Era una buena amiga de Antonio, al que siempre agasajaba con copitas de licor y perfumados cigarrillos turcos; al Ñame, en cambio, la Carioca no lo podía tragar, sobre todo porque Louella, una de sus pupilas más solicitadas, siempre se entretenía demasiado con él y, según sospechaba la madama, le pagaba de su bolsillo, el de ella, los ratos de intimidad que los dos, Ñame y Louella, compartían. Antonio, a sus veintidós años, ya era un viejo cliente de la casa, se podía decir, ya que la visitó por vez primera, con Ñame, cuando sólo tenía quince. Entonces la Carioca todavía ofrecía servicios. 'Ahorro para comprar un negocio', solía decirle al tímido y apuesto jovencito de buena familia que caía por el burdel de vez en tanto, y que a ella tan bien le caía. 'Por eso te cobro, cariño; si no no te cobraría. Y si no dejas de venir por aquí te lo demostraré un día'. Y se lo demostró; pasaron juntos toda una noche, y no en el burdel sino en un hotel en Onions Hill, una discreta urbanización de esparcimientos, con cines, restaurantes, casas de juego y hoteles, que quedaba afuera al norte de Queenstown. Ella entonces se acercaba, esplendorosa a los cuarenta, o acaso los superaba, y él estaba por cumplir los diecisiete. 'Aprendí aquella noche', se dice hoy, pasados tantísimos años. Aprendió no sabe el qué; aprendió algo a la vez jugoso, duro y secreto de la vida, acaso el eje mismo en

torno al que gira la vida, que no es el sexo pero tampoco deja de serlo, ni el amor aunque tampoco el amor deja de serlo, ni el dolor ni la guerra ni el primer polvo ni el último ni los hijos, tampoco la muerte o la agonía, ni nacer y dar el primer berrido y chupar la primera teta. ¿Era qué? Un soplo, un suspiro, un aura apenas discernible, la brisa que apenas si remueve el polvo de antiquísimos huesos de prehomínidos a orillas del río Sangay, en Java o Borneo. Arena de huesos mezclada con arena de antiquísimas montañas que hubo, cuando la configuración de la cara del mundo era distinta, era otra. Unos tiempos tan remotos que la vida se concentraba en animales unicelulares, plantas unicelulares, priones y viruses que eran menos que células, un hatajo de fibras de ácidos nucleicos. DJ resopló; la nariz le picaba; se rascó; le picaba por dentro; saco de un cajón lateral una caja con pañuelos y de ella un pañuelo, color gris perla con rebordes de hilo dorado y sus iniciales en una de las esquinas y se sonó.

En la época de los ingleses, recordó Antonio, las casas de tolerancia, mancebías, lupanares o burdeles ejercían en la clandestinidad, mediante el soborno y el pago en especie; después de la independencia, Queenstown se había convertido, de forma paulatina pero rápida, en una ciudad libérrima, en la cual, por las noches, y según en qué sectores, barrios o lugares, calles, callejuelas, esquinas o callejas, reinaba el más variopinto libertinaje. Hornillos era la sede del libertinaje elegante per se.

Sin embargo, aquella noche, Antonio no visitó La Carioca, a pesar de que lo podría haber hecho sin pagar en el acto, de fiado, gratis inclusive si Chloé o Thaïs tenían un amplio hueco para él, ya que las dos lo adoraban, sobre todo desde que sabían que se había transforma-

do de conocido deportista en aún ignorado escritor. Un artista. La Carioca leía mucho; leía libros que, la mayor parte de las veces, Antonio le había recomendado; inclusive le había regalado varios, como Los papeles de Aspern, La máscara de Dimitiros y Wendigo, la obra maestra de Blackwood; esos entre otros, todos robados de la vasta biblioteca de papá excepto el último, que Antonio había comprado de su magro bolsillo.

Aquella noche humillante del cuarto y último rechazo, Antonio rascó su escuálido bolsillo para comprar una botella de scotch de calidad, de la que bebió a solas hasta la última gota y, por supuesto, se emborrachó como nunca lo había hecho. Su ánimo lo empujaba a la soledad, no al bullicio de La Carioca. La borrachera fue descomunal. Al día siguiente los recuerdos de Antonio se paraban a mitad de la botella. Fue, por lo tanto, después, en la segunda mitad de ésta, cuando se desahogó por escrito, en su Smith-Corona, sin fallar ni una sola letra. Después de ducharse y de beberse varias tazas de café fue cuando descubrió la hoja, arrugada en el suelo, junto a la mesa con la máquina, en lo que él llamaba su despacho, una diminuta ratonera con un ventanuco alto que daba a un pozo de aire que olía a pozo séptico y que era la segunda y última habitación de la casa; el dormitorio era la primera, a la que se sumaban una cocina de dos metros cuadrados y un cuarto de baño no más grande, que adolecía de un grave defecto, la ausencia de una bañera. Antonio era un joven de su tiempo, se duchaba, pero le gustaba hacerlo en una bañera amplia, como la que tenía su abuela paterna, una bañera con patas labradas, con cajoncito ad hoc para los jabones y otro para los implementos, como cepillos, piedra pómez, frascos de sales, etc. De pie, estupefacto, después de haber recogido la hoja del suelo y haberla más o menos alisado, había comprobado que tenía un texto mecanografiado; un texto que decía:

El canalla vanidoso de Teselbaum me ha rechazado La carretera. Me la han rechazado también en Ecúmeno, en La Cátedra y en Sésamo. ¿Dónde la voy a publicar? No en Thesaurus, que sólo publica consagrados, extranjeros y traducciones; tampoco en Hoy Literario, que es un sótano infecto que edita libros mal impresos, con más erratas que aciertos, con portadas dibujadas por el imbécil de Laureano Redondo, cursis y feas. La novela es buena; lo siente así mi corazón, el único órgano mío del que me fío, porque mi cerebro, con la presunta mente que esconde dentro, presuntamente, es débil, está borracho en este mismo instante, se hace pajas, piensa sólo en putas y en el reputo cricket, no sabe ni minga de literatura. Leí que Onetti, ese gran escritor uruguayo, escribe, según él, con las tripas. Parece que yo también. Yo que tanto me fiaba de mi razón para narrar, para inventar, para mentir, para imaginar, verbos que son sinónimos, al menos en el terreno de la narración. A la mierda mi razón, arriba mi corazón. Sur sum corda, para decirlo en la venerada lengua de Virgilio y Cicerón, en la que apenas si existen novelas, relatos, ficción narrativa, a no ser que se considere como tales las biografías de los doce césares, de Suetonio, porque El asno de oro, de aquel Apuleyo, y Satiricón, de aquel presunto arbiter elegantorum de cuyo nombre en este momento no puedo acordarme, por mucho que quisiera, apenas si pueden llamarse novelas. ¿Probaré con Catalina, que afirma que es agente literaria? Sé que más o menos representa a Gladys Melchen, otra tortillera como ella, y al escritorzuelo baboso y vomitivo de Josecito Ramos-Finchley, y, según ella, también al americano Rodney Gibbs, bastante buen escritor, del que yo leí Turning Point, una novelita que no está nada mal. Pero, ¿será verdad? Pero, ¿me servirá de algo Catalina con una novela rechazada por cuatro editoriales sucesivas? Pero, ¿qué hago si no? ¿Probar en Hellbroom, don-

de apenas si hay hispanoparlantes? ¿Probar en Panseco o en La Granja, que están llenas de hispanoparlantes pero que no creo que sumen más allá de veinte lectores de libros entre las dos? ¿Mandarla (mi novela) a algún país de Sud América, de América Latina, para que la editen allí, en el país que sea? ¿Mandarla a México, tan fraternal y cercano? ¿A Argentina, que según se afirma es un país culto, en el que hay mucha gente que lee? ¿Mandarla a España, donde reinan Franco y la Iglesia Romana e impera la censura? ¿Publicarla en Cuba, bajo los auspicios del comandante Castro? Cuba es una buena opción; allá, por lo que se me ha dicho, los libros los leen y dan el Vo Bo, personas cultivadas, preparadas, como Retamar, Infante, Padilla, Lezama, Carpentier, Piñera y otros por el estilo, que mejores o peores son al menos escritores de oficio, gente instruida, y yo, por lo demás, ¿no soy castrista? Soy castrista; uno de mis recuerdos más nobles, más puros, fue cuando se festejó el triunfo de la Revolución Cubana, y el propio Childern, creo que el mayor, que entonces era primer ministro, izó la bandera cubana junto a la nuestra mientras sonaba el himno cubano como antes había sonado el nuestro. Yo estaba metido entre un mundo de gente y el corazón me latía más rápido, como cuando conseguía meterle la mano entre las piernas a alguna guriza, pero con un sentimiento hondo, limpio, puro, sin ideas de sexo ni erecciones, pajas mentales ni nada por el estilo. Sentía un nudo en la garganta, la gente gritaba en español, todos en español, Viva Fidel, Viva el Che, Viva la Re Vo Lu Ción. No sé qué pensarían cínicos como Big Tom o Pious Watch o políticos corruptos como los Childern, Juan Pozas, Lafferty y tantos otros que estaban allí y gritaban, vivaban, aplaudían. Ni lo sé ni me importa. Sé que para mí aquel fue un día en que me sentí miembro de una fraternidad de gente conocida y desconocida, compatriotas y extranjeros, angloparlantes, hispa-

noparlantes, judíos, negros, chinos y turcos. La Revolución Cubana fue una cosa buena. La editorial Casa de las Américas ha publicado muchos libros de autores desconocidos; que hayan tenido repercusión o no es lo de menos. Mi novela la tendría, estoy seguro, porque se la merece; es un buen libro. Petronio, coño; es el autor de Satiricón; me acordé, qué alivio, qu

Y así acababa. Antonio, todavía hoy, pasados treinta años largos, todavía hoy se acordaba, qu. ¿Qu, qué? ¿Qué pensé en aquella triste y horrible noche de whisky y tabaco que no puse ya en el papel? ¿Me dormí, me caí, me levanté a mear y me olvidé? ¿Por qué arranqué la hoja de la máquina y la arrugué y tiré al suelo?

Al final Antonio había hablado con Catalina y la novela se había publicado por fin en Panseco, en la editorial Gay Saber, un nombre, pensaba ahora Antonio, que hoy día a nadie se le ocurriría ponerle a una editorial, a no ser que fuera una, digamos, editorial rosada, con las connotaciones que hoy tiene la palabra gay, de la que solapada y sibilinamente, de forma ruin y canallesca, se han apropiado las lesbianas y los maricas, los travestis y las transexuadas, toda esa gentuza que va a aparecer en La romanza rosa, las ganas que tengo de ponerme a escribirlo, el libro, la novela, es algo que tengo metido demasiado en la cabeza, lo tengo como quien dice escrito en mi memoria y eso es malo, no es así como se escribe un libro, se necesita arriesgar, empezar sin saber en realidad cómo va a acabar, qué va a pasar; eso uno lo intuye cuando ya está metido en el libro, lo esboza después, lo desarrolla más tarde, le da vida por último y después lo retoca y corrige, ya que ese riesgo, ese peligro, es la verdadera aventura del arte pedestre de inventar historias. Los dioses tejen desgracias para dar materia al canto de los hombres,

dijo Homero; uno inventa historias que a lo sumo se añaden a la realidad, cuando no la calcan, copian, plagian o repiten.

Treinta años, pensaba Antonio. Treinta años habían pasado y él, aunque sus libros, para que se publicaran, los manejaba Nederley & Mason and Brooks Books Management, conocida como E & M, una agencia angloamericana con filiales en más de 50 países, él seguía fiel a Catalina; en Liguania, de sus libros, se hacían ediciones especiales que manejaba y negociaba Catalina, y se llevaba no el diez, como E & M, sino el veinticinco por ciento de los derechos brutos, entre anticipos y recaudaciones trimestrales, semestrales o anuales, según se negociara.

Hoy día, Antonio tenía muy presente de que todavía estaba en la primera escritura de la novela, o el primer manuscrito, como prefería decirles él, que podían ser cinco o seis, o más inclusive, imposible saberlo. Los llamaba manuscritos aunque los escribiera a máquina; llevaba más de trescientas páginas mecanografiadas y quedaba por mecanografiar acaso otras tantas, porque había que tener en cuenta los innumerables fragmentos escritos a mano en una quincena de grandes cuadernos de tapa dura y hojas cuadriculadas, a los que les llegaría el momento, no a todos, de integrarse en la novela. También había frases sueltas que se le ocurrían, que a veces daban pie a un breve diálogo como a quince apretadas páginas de narración. Era su manera de buscar la forma que tendría la novela; con los cuentos, que ya hacía años que no escribía, usaba otro sistema; con las novelas, fueran del tamaño que fueran, cuando se había apoderado de él la borrosa y tosca gota brumosa inicial, el sistema era comprar media docena de cuadernos, siempre los mismos, grandes, de tapas duras y hojas cuadriculadas, en los que

escribía por las dos caras, aunque no de forma sucesiva. De la tapa de arriba a la contratapa las hojas, o, páginas, formaban la cara A del cuaderno; invertido éste, y empezando por la tapa de atrás, o contratapa, hacia la tapa de arriba, ahora vuelta la de abajo, eran la cara B. Los cuadernos que ahora usaba, desde hacía unos pocos años, traían cinco secciones, con los bordes de distintos colores y de 32 hojas cada una. Un cuaderno, Antonio lo usaba como índice de los demás, a los que numeraba con números romanos para las caras A y con números arábigos para las B. Las secciones de colores también las enumeraba, siempre con las últimas cinco letras del alfabeto, V, W, X, Y y Z. Y los cuadernos con las seis primeras, de la A a la F, ambas inclusive.

Despacio, una por una, aunque sin leerlas, a no ser palabras sueltas, frases truncadas, Antonio pasaba las morosas páginas del cuaderno D, en su cara B y en las secciones W, X e Y; cuando lo cerró y devolvió a su sitio, en la esquina de la mesa a su izquierda, del lado de los cajones, o sea a un costado de la máquina de escribir, lo último que Antonio había leído decía 'la muerta yacía decúbito prono sobre la alfombra color caramelo'. Aún no sabía, en realidad si mataría o no a Birgit, la presunta sueca, rusa en realidad, que había sido espía del KGB, aquella alegre organización recreativa que se había extinguido con la veloz caída y súbita muerte del bolchevismo.

Pensar que yo fui bolchevique un día, se dice Antonio, o me sentí o creí bolchevique; viajé tres veces a Cuba, hablé cara a cara con Castro, que por cierto hizo un análisis muy atinado de El déspota y los francmasones, que se había publicado muy poco antes y que el hombre había leído, de la primera a la última páginas, inteligente y detenidamente, porque la inteligencia no se la voy a retacear. Lo que Antonio le

recriminaba a Castro es que se hubiera convertido en un tirano, un dictador, en un déspota como el de su novela; peor; le reprochaba el hecho indubitable de que ya lo fuera, déspota, dictador, tirano, cuando él visitó Cuba por primera vez, en el setenta y uno, y que él (Antonio, el escritor Díaz Jardim, tan cálidamente recibido por las autoridades civiles y culturales, el ministro Roa, de Educación y Cultura, y el escritor Alejo Carpentier, cuya novela El siglo de las luces él entonces veneraba, y que hoy todavía apreciaba como una magnífica obra de ficción) en el fondo lo supiera y le pareciera bien, lo adecuado, lo mejor, la revolución no casa con las timideces, los escrúpulos y la mala conciencia de la llamada pequeña burguesía ni con la denominada democracia representativa. Eso pensaba yo entonces, y me lo creía, aunque por suerte nunca lo mezclé con mi trabajo de escritor profesional, como no mezclo hoy día mis actuales ideas, mi ideología, que mis enemigos tachan de derechista e inclusive de fascista cuando de hecho odio más a los fascistas de toda laya que a los propios comunistas. Antonio se consideraba un liberal, un hombre de centro derecha, que apoyaba la causa perdida del otrora tan alabado y hoy tan denigrado welfare state del mismo modo que combatía la voracidad despiadada del capitalismo moderno, que traiciona al lenguaje y a la historia al autocalificarse de neoliberal, cuando su única ideología es el signo del dólar. Antonio había escapado hace mucho de los estúpidos dogmas marxista leninistas, pero conservaba su apego por la justicia social, apoyaba el libre mercado siempre que estuviera regulado de forma que se impidieran los atropellos de las grandes empresas multinacionales, proponía abolir el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, con sus rígidas normativas, que aplicaban con idéntico criterio a un país solvente y altamente desarrollado como Gran Bretaña que a otro misérrimo y subdesarrollado como Cabo Ver-

de o Malawi, y crear en su lugar una institución en que la voz de los prestatarios tuviera el mismo peso que la de los prestamistas, porque los caboverdianos o los malawitas conocen mucho mejor la realidad y las verdaderas necesidades de sus países que un grupo de plutócratas que se reúnen en New York o en Zurich para planificar el futuro de países que no sólo jamás han pisado sino que ni siquiera sabrían cómo señalar en un mapamundi. Y que además lo hacen, en primer lugar, en beneficio propio, ya que no por nada son plutócratas, o sea la alta aristocracia del capitalismo. A Antonio, no obstante, el capitalismo le parecía bien, o quizá un mal necesario, el menos malo de los sistemas, como decía Churchill de la democracia.

Antonio se siente cómodo, piensa, dentro del capitalismo, dentro de la reticente y clasista democracia británica: a Liguania, cuando va, va de paseo. Cierto que desde que murió Big Tom Ramírez, y tras una breve etapa de dictadura militar, se convocaron elecciones libres por vez primera, no las farsas con las que se regocijaba Big Tom Ramírez, aquel delincuente prontuariado, hijo natural del aristócrata don Salvador Ramírez y Carvajal de los Altramuces. Antonio, todavía en la época de Big Tom, y cuando ya era, con algo más de treinta años, el escritor en lengua española más importante y resonante de la isla, el único que había alcanzado rango internacional, había criado un cierto compinchazgo con Lafayette Ramírez, el hermano menor de Big Tom, medio hermano en realidad, ya que era hijo de don Salvador y de su segunda mujer legal, una anglófona, Melody Brown de nombre de soltera; Lafayette, quince años menor que Big Tom era de la misma edad, más o menos, que Antonio; era un tipo de más de dos metros, que había sido jugador profesional de basketball en los Estados Unidos, deporte del que lo había apartado una rotura de los ligamentos cruzados de una

rodilla, a la prometedora edad de veintisiete años. Había ganado bastante dinero entre los pross americanos y había vuelto a su país cuando la revolución hacía un par de años que había triunfado, gracias al carisma y a la energía de Big Tom Ramírez, un delincuente fugado que se había unido a ella para protegerse mejor de la policía, y al cabo de equis tiempo había pasado a encabezarla, bajo la sabia guía del franchute Charlie Zumal y del anglófono Lefty Lafferty. Zumal no había sobrevivido más de dos o tres años a la llamada Noche de las Llamas, cuando Big Tom, que había caído, herido, con otros cuantos, en una celada del ejército, había sido liberado de su prisión en la Isla Venturosa, a cuatro millas náuticas de Queenstown, rodeada, la isla, por centenares y después miles de barcazas en las que brillaban teas encendidas. Aquella noche misma, al alba, las autoridades británicas del archipiélago habían cedido el poder a una junta compuesta por británicos y liguaneses, que en menos de un año era reemplazada por el primer gobierno independiente, que reconocía a la reina Isabel II como jefe de estado y cuyo primer ministro, provisional, había sido Lafferty. Zumal murió de cirrosis, ya que era un alcohólico desde mucho antes de subirse a las serranías a combatir a los ingleses. Lafferty se había convertido, por su parte, en uno de tantos políticos corruptos. Big Tom, el antiguo delincuente redimido para la historia, alentaba la corrupción entre sus secuaces aunque él se mantenía impoluto en ese sentido.

Su medio hermano Lafayette, con dinero propio ahorrado, más una parte de la herencia que cayó en sus manos al morir muy viejo su padre, mantuvo una cierta distancia con Big Tom; en realidad nunca se habían querido. Big Tom envidiaba a su hermano su condición de hijo legítimo, mientras que Lafayette despreciaba a Big Tom por su vulgaridad y su prepotencia. Lafayette era un poco snob, como lo era también

yo entonces, se dice Antonio, cuando lo asaltan fragmentos de recuerdos de aquella turbia y ya lejana época. Tres años antes, El Partido Liberal Democrático de Liguania, el PDL, la derecha, en la que se agrupaban los Childern, Pious Watch, Cierkolinsky, Rubaj y González Galerna, como los cabecillas más destacados, todos ellos ya bastante desgastados por el juego político, le había ofrecido su plataforma para que se presentara como candidato a primer ministro. Díaz Jardim había rechazado la oferta, que en un principio lo había tentado, pero que al recobrar la serenidad se había dado cuenta de que interferiría, acaso de forma fatal, irreversible, en su tarea de escritor profesional; por eso la había declinado. Por otra parte, Londres era la ciudad ideal para vivir, mientras que Queenstown, Hellbroom, Panseco y Monteclaro, las cuatro grandes urbes de Liguania, eran aglomeraciones caóticas, en las que no era rara la violencia, el robo a mano armada, los homicidios; grandes bandas delictivas las gobernaban, de hecho, bajo cuerda.

Lafayette había sido un buen amigo. En estos últimos tiempos Antonio y él, no obstante, se han distanciado. Lafayette sigue siendo un soñador romántico, con ideales sobre la injusticia social y la redención social; los mismos ideales que Antonio ha abandonado, poco a poco, a lo largo del tortuoso sendero de la vida. Antonio consideraba que Lafayette, a los cincuenta y tantos años hoy día, se había convertido en un revolucionario de salón, mientras que Lafayette creía que Antonio había traicionado a sus ideales. 'Sigues siendo un gran escritor, Antonio', le dijo Lafayette hace algunos años, 'pero te has convertido en otra persona'. Antonio, en aquel momento, consideró que no se puede discutir de igual a igual con un tipo de dos metros quince que además está con algunas copas encima, y nada contestó. Se volvieron a ver, un par de veces, pero la antigua amistad se había enfriado y hoy por hoy, se dice

Antonio, ya está definitivamente muerta, kaput. Siente una vaga oleada de nostalgia.

Después de sacudir la cabeza, porque se había perdido en ensoñaciones que nada tenían que ver con la novela, Antonio plantó la vista en la hoja, que tenía una decena de líneas escritas y le añadió dos más.

-Hoy no es mi día –dijo en voz alta.

Se incorporó, se encaminó a un aparador con mesa que estaba en un rincón, lo abrió y sacó una botella de whisky White Horse. Bebía muy poco, y fumaba una pipa y seis cigarrillos al día. Los cigarrillos, marca Craven A, con filtro simple, los introducía, todas las noches, para fumarlos al día siguiente, en un humectador que había comprado por capricho en Londres, en su primera y lejana estadía larga en esta ciudad, cuando era el corresponsal para Inglaterra de *El Nacional* de Caracas, puesto que había conseguido gracias a las influencias de su padre, que había sido embajador en Venezuela.

-Algo tienes que hacer que sea rentable, Antonio.

-Sí, papá, pero que no sea picar piedras ni trabajar en un banco.

El resultado de aquel breve diálogo, del que aquí se ha insertado una pequeña parte, fue la corresponsalía. Antonio aún hoy le está agradecido por aquel gesto a su padre, pero por muy poco más. Eran mucho más abundantes y comparativamente muchísimo más graves, los agravios. Su padre llevaba casi veinte años muerto, pero Antonio lo recordaba con una ausencia total de nostalgia y ternura. Había sido, su padre, don Segismundo Díaz Jardim, un hombre elegante, culto, honrado, que había desdeñado varias ocasiones lícitas de hacerse rico. Se ha-

bía casado, empero, por dinero con una mujer de familia muy rica y lejana pariente, cuya fortuna había dilapidado en trajes, automóviles y queridas. Antonio había vivido una infancia de hijo de ricos, una adolescencia melancólica de hijo de una familia que guardaba las apariencias pero que ya no era rica y una juventud triste, de muchacho resentido y demasiado inteligente como para no reconocer, aunque fuera sólo para consigo mismo, que lo peor y a la vez lo fundamental de su vida, el motor y el eje de su vida, era el resentimiento. Necesitaba el éxito, el clamor de las multitudes, para apagar aquel horrible sentimiento. Era un buen nadador, un buen jugador de fútbol, de basket y, sobre todo, de cricket, como ya se ha dicho; era también un excelente esgrimista, pero los esgrimistas, a lo sumo, ocupaban rincones de los periódicos, y en los otros tres deportes falló sucesivamente, natación, basket y fútbol, en ese orden. Sólo el cricket le quedaba y en el cricket se volcó con todo su resentimiento, con toda su angustia animal, con todo su entusiasmo. Entonces, con 16 años cumplidos, sintiéndose viejo como la nube de Magallanes y más pobre que un camellero de Yemen, decidió tratar de convertirse en escritor. Tenía facilidad para escribir y lo sabía. A los 15 años una pulmonía lo había tenido tres meses en la cama; leía muchísimo, decúbito prono y decúbito supino, y de modo natural de leer pasó a escribir. Le escribía al Ñame, les escribía a mujeres imaginarias, a un amigo imaginario, Junípero, al que le contaba imaginarias hazañas eróticas en subido lenguaje que a él mismo lo excitaba, al punto de masturbarse varias veces por día, lo que terminó por debilitarlo y agravar su enfermedad, que en un mes se hubiera sanado y que lo retuvo en la cama tres.

-Gracias a Dios –le contaría años después a Carmela Pigott-Pyke, su segunda mujer-, porque fue entonces cuando me puse a escribir co-

sas que no fueran redacciones escolares o trabajos de bachillerato.

Carmela también era prima suya, como su anterior mujer. Con la primera, Carmen Mendizábal, se había casado a los 21 años; con Carmela a los 26, ya publicado, poco antes, su tercer y exitoso libro, Juan Saltillos, que lo premió con la difusión a 13 idiomas, español al margen, y ventas millonarias, y en trance de avanzar por el cuarto, El burdel de madame Samski, que le ganó una fama local escandalosa pero que tuvo menor repercusión que el libro anterior fuera de Liguania, al menos en aquel entonces. El quinto, su gran desquite, fue El largo camino a Natchez, que significó su definitiva consagración internacional, que con los 30 aún por cumplir lo hizo célebre y rico.

Ya se había divorciado de Carmela, a la que igual entregó quince millones de liguanes: en dos años y muy poco de matrimonio habían tenido dos hijos, una chica, Carolina, y un chico, Fernando. El mayor, empero, era el único hijo, un varón, Gonzalo, que le había dado Carmencita. Muy pocos años después de su segundo divorcio nació Julieta, su hija preferida, habida fuera del matrimonio, porque la madre estaba separada de su marido pero no divorciada cuando quedó en cinta, y el proceso de divorcio se alargó tanto que la niña había nacido y cumplido su primer año, y sus padres se habían distanciado de forma paulatina pero al final irremediable, lo que, cuando el divorcio fue al fin concedido, una boda era una burla a la que ella, Charo González, actriz peruana a la que Antonio había conocido en París, se negó de forma terminante. 'Es normal, natural, entendible'.

Una hembra orgullosa, inteligente y bella, que se ríe del qué dirán, de la chismografía, del retorcido colmillo cariado y envenenado de

la chusma. Por lo menos la niña lleva mi apellido. La bella jovencita, ¿dónde lo leí, no hace mucho?, hija del famoso novelista liguanés, para muchos hoy por hoy la primera pluma de nuestra lengua. Julieta, tu papi te quiere; le tengo que escribir una carta, una carta larga; no bastan las llamadas por teléfono, una por semana, Porque la niña se perturba, se queda callada horas, se siente triste cada vez que tú la llamas, le ha dicho no hace mucho Charo, la madre, que vive juntada con un guionista de cine francés, ¿cómo es? Nicolas de Villete, una especie de aristócrata que heredó hace unos años un castillo en ruinas en Bretaña; lo heredaron su hermano y él, le ha dicho Charo. Son piedras, más o menos organizadas, pedazos de lienzos de murallas, una torre segada a treinta metros del suelo, el foso en parte secado y en parte légamo, pero las vistas son maravillosas. Charo siempre ha sido charlatana, suelta de lengua, y viperina cuando se le antoja. No conmigo; a mí a veces me trata con una especie de rabia sorda, pero siempre con un fondo de respeto, de admiración cabe que, ¿de amor en cenizas? El amor siempre acaba en cenizas. Serán ceniza mas tendrán sentido/Polvo serán mas polvo enamorado. Me siento flojo, disperso, no me voy a poder concentrar ya'.

No quería, no obstante salir del despacho. No todavía. Leticia estaba en casa y él no tenía ninguna gana de soportar de nuevo su alerta alarma, su preocupado rictus, sus preguntas. ¿Para qué le habré dicho que si un día no escribía…? Flaubert le reprochaba a Maupassant su debilidad por las mujeres; le decía que cada eyaculación era un cuento que jamás escribiría; y puede que tuviera razón.

Uh, el amor.

¿La quise a Carmencita?, se pregunta hoy Antonio, entre un trago y otro de whisky; ¿la quise a Carmela?, se pregunta. ¿Y a Charo? Piensa que acaso un no rotundo fuese una respuesta falaz, porque algo fuerte sintió por las tres, en especial por la madre de Julieta. Algo fuerte, en los tres casos, aunque de poca duración. ¿Pasión? ¿Tan sólo deseo de saciedad carnal? Pensar en estas cosas lo turba un poco. En sus novelas, en casi todas, el sexo es una cosa deliberadamente secundaria, o velada, o puesta en segundo plano, tratada siempre con un lenguaje de alusiones, discreto, muy cuidado. Inclusive en El burdel de madame Samski, que era un burdel que había existido en Queenstown en el primer cuarto del siglo XX, y que la severa faz calvinista de los ingleses, unida a la brutal acción policial, beata y corrompida, del general Chances, había clausurado; la madama, después de pasar tres meses en la cárcel, había sido deportada a París, ya que era libanesa y entonces Líbano era una colonia francesa. Gaiferos o Dígaselo al general, una novela corta en la que empleaba por segunda vez, más afinado, el dialecto del español que se había laboriosa y minuciosamente inventado, era un resumen, en tono entre patético y humorístico, de la enmascarada dictadura de Chances, un general mulato, jefe de su propio ejército, una especie de borrador o caricatura en tono negro de Big Tom Ramírez. Y en Matsukuo y las artes liberales, un libro ya de plena madurez, que contaba las experiencias con europeos y americanos de una joven e inocente japonesa tras la intrusión de las cañoneras del almirante Perry, una rara historia humorística, breve y sencilla, aunque de trágico final, entre las novelas por lo general dramáticas y complejas de Díaz Jardim, el sexo, que era el elemento clave, por primera y única vez, del relato, era todavía tratado de forma tangencial y fugitiva; ocurría por regla general atrás de un biombo y sólo se reflejaba en sombras chines-

cas sobre las paredes. El repetitivo recurso del biombo, manejado de forma exquisita por el autor, le prestaba al libro una unidad que de otra forma no hubiese tenido, pero el sexo crudo seguía y seguiría ausente de la obra del gran escritor liguanés.

Hoy Antonio no tiene un buen día; en realidad lo sabe desde que se sentó en el largo banco verde, de hierro, herrumbrado y con la pintura saltada, deformada en ronchas y desleída, de Hyde Park. Lo supo ya al sentarse, a pesar de su arrebato de euforia; lo supo, de forma subconsciente, sin duda, desde que se despertó, y la idea fue tomando concreción en el desayuno y después mientras hacía su hora diaria de jogging (o footing), hasta convertirse en amarga certidumbre cuando estaba de vuelta en casa y olía el pelo rubio y suave de Leticia, su joven y hermosa mujer argentina, que le preguntaba:

-¿Qué significa steEp, con dos eEs seguidas?

-Significa empinado. Se pronuncia stip.

-Pero aquí se refiere a una puerta.

-¿A una puerta? A ver, déjame ver –Leticia leía un cuento de Chesterton, incluido en una colección de cuentos policíacos-. Se refiere a los escalones que conducen a las puertas, mi amor.

-Gracias, vidita.

En ocasiones Leticia usa expresiones que le hacen rechinar los dientes y erizar la piel a su marido, pero no cabe duda de que es bella e inteligente, y que se esfuerza por fortalecer y afirmar su enclenque y tambaleante bagaje cultural.

Antonio tiene una discreta foto de ella, enmarcada, en la mesa del aparador del rincón, a la que da la espalda cuando está sentado frente a su Smith-Corona. Se vuelve a sentar frente a su Smith-Corona y carga con morosidad deliberada su pipa, de amplia cazoleta. Así la rabia y la frustración pasarán; pasan, de hecho, con la primera, honda calada al cañón de la pipa, curvo y corto. Usa una mezcla de tabaco, algo dulzona, que le prepara un estanquero de Drury Lane. Hubiera preferido un cigarrillo, pero el humectador lo ha dejado en el dormitorio y salir hubiera significado alguna pregunta de Leticia, que en ocasiones parece que le lee el cerebro, y no hay nada peor, para Antonio, que dar explicaciones, ni siquiera la menor, en relación a su trabajo. Ni a Leticia ni a nadie.

No; hoy no era un buen día. La mente, aguda, cáustica y compleja del escritor se ha desplazado, de súbito, a un asunto que le era ingrato: los cuentos cortos. Él sólo ha publicado un volumen de cuentos cortos, su primer libro, Un verano en Queenstown, para el que había escrito una veintena larga de cuentos, de los que catorce habían sobrevivido a las llamas y de ellos nueve se habían publicado. De los cinco inéditos, uno lo había usado para Ícaro sobrevuela París, su novela deliberadamente joyceana, y los otros cuatro estarían metidos en cualquier olvidado rincón de sus cajas y/o cajones. Hace tiempo ya que Antonio se ha hecho la promesa de escribir por lo menos un volumen bueno de cuentos cortos, uno que esté a la altura de lo mejor de su obra. Sabe que es un reto difícil, pero él vive de retos difíciles; piensa, convencido, que un escritor que no se reta a sí mismo cada vez que emprende la aventura de escribir un libro no es un escritor, en realidad; no al menos un escritor profesional. Y él es un escritor profesional.

‘Ne jamais profiter de l’élan caquis’, había dicho Gide, según Cortázar. Un excelente, sabio consejo para los escritores, al menos para los narradores y prosista en concreto, y acaso para todos los artistas en general. Antes de conocer el aforismo de Gide, que leyó en la novela Rayuela, cuando tenía alrededor de treinta años, Antonio ya le era fiel.

Con una prisa febril, ataques que raramente le dan, pero que no es la primera vez que le sucede, encontró entre las montañas de cuadernos grandes y medianos una libreta pequeña, que no tenía nada escrito. En ella empezó a apuntar ideas, una sola línea por lo común, dos a veces, excepcionalmente tres o cuatro. Cuando hubo llenado seis páginas, con dos filas de cuadrículas entre una idea y la siguiente, volvió a la primera página y las numeró; primero un uno encerrado en un circulito, después un dos en su circulito y así sucesivamente en sucesivos, iterados circulitos hasta sumar veintitrés. De modo y manera que había escrito veintitrés ideas para cuentos cortos, y le habia llevado trece minutos; algo más. Satisfecho consigo mismo por vez primera desde que entró esa mañana en su despacho, Antonio se reclina en su cómodo asiento, un sillón anatómico que se adapta con sigilosa docilidad a todas sus posturas y movimientos. Es regalo de Leticia; un magnífico regalo, al que a él le ha costado acostumbrarse, ya que hasta entonces escribía sentado en una rígida silla, porque pensaba que la comodidad atentaba contra la atención; se ha, no obstante, adaptado, y en este sillón ha terminado Concolorcorvo, biografía de un artista bicéfalo, a la que muchos consideraban su obra cumbre, y acaso lo sea. ‘Hasta que aparezca Fazannas’, se dijo Antonio, de nuevo optimista después de este bajón; pero, caray, si un mal día lo tiene cualquiera; pero, joder, si no era el de hoy su primer día malo; pero, maldición, si tener un día malo es hasta positivo, visto según qué ángulo; pero si, coño, un buen mal día es mu-

cho mejor que un mal buen día, como había tenido tantos, veinte hojas pulcramente mecanografiadas o cuarenta caóticamente manuscritas que al otro día iban a la purificación sin remilgos del fuego. Pero caray.

'Estoy mal acostumbrado por lo bien que me ha ido en estos dos últimos meses, desde que empecé la segunda redacción de la primera parte del libro', se dijo, casi en voz alta. Haber retomado la primera redacción donde la había dejado acaso no había sido, quizá, la mejor de las ideas. Llevaba cuatro días luchando por avanzar con aquella primera redacción, y los tres primeros habían sido positivos; hoy la máquina se me ha trabado, los engranajes carecen de aceite, tengo que descansar, hacerme un week end a mitad de semana y tumbarme panza arriba en el solario; ya el tiempo londinense, dentro de su imprevisibilidad, acompañaba; junio, el mes del solsticio de verano, para el que faltan, Antonio calculó, nueve días sin contar el de hoy, o sea, en números redondos, diez.

Cuando terminara Fazannas, entonces sí se tomaría un mes de descanso, o un par de meses, cumpliría con Leticia y la llevaría de crucero por las islas griegas. A él viajar, conocer lugares, hacer turismo es algo que no sólo no le interesa; es algo que detesta. Inclusive las estatuas, los museos, los conciertos, las grandes obras teatrales, el cine visto en un cine lo aburrían de forma mortal. Se llevaría una buena pila de novelas policíacas para leer en el viaje. Todas las de ese monje medieval que le había recomendado su hijo mayor, Fernando, y que al parecer eran no sólo buenas y entretenidas sino muchas. Eran de una mujer; ya le preguntaría el nombre a Fernando e iría a Harper's a comprarlas. Pero antes tenía que terminar esta novela y entregársela a su agente. Calculaba que le darían acaso un millón de dólares de anticipo, seis-

cientas mil libras, lo mismo que le habían dado por Concolorcorvo. Y le quedaba un año y pico de plazo para entregarla; tiempo de sobras.

Satisfecho, en efecto, consigo mismo, Antonio se pone de pie, se encamina a la puerta, la abre y se dirige a paso vivo al dormitorio, donde está la humectadora, de la que extrae un pitillo. Leticia andará por la planta baja, o acaso habrá salido a hacer alguna compra; o a gastarse pilas de monedas de veinticinco peniques en las tragaperras del otro lado de Hyde Park Corner. Esto lo alarmó un poco; no por el dinero, sino porque Leticia suele ir en su bicicleta, y el tráfico de Londres, aunque no torrencial en esta zona algo alejada de la torrencial locura automotriz de la City y environs, habitualmente la confunde. Jamás conduce el coche. Le parece escucharla: 'Sólo a estos malditos ingleses se les podía ocurrir conducir al revés'. Se olvida de que en Liguania, que sólo visitó una vez, se conduce en el mismo sentido que en Inglaterra.

De nuevo en el amplio salón de la primera planta, con su gran ventanal que da sobre el bosque y, al fondo, un lento y elongado recodo del Tee, Antonio busca una nota que le haya dejado Leticia, hasta que oye sus chinelas sin talón que bajan de la planta de arriba. Se apresura, entonces, en devolverse a su despacho y cierra tras él la puerta con el mayor cuidado. Por suerte Leticia ha hecho aceitar puertas, entre muchas otras cosas, hace sólo un par de semanas. Blanquear paredes, limpiar ventanas, repasar la línea plateada que marca los zócalos y otra decena de pijaditas más. Para ello, había contratado a dos ecuatorianos, los dos muy impresionados por estar en la casa del gran escritor liguanés, al que conocían de nombre, aunque reconocieron no haber leído ninguno de sus libros; Antonio les regaló ejemplares dedicados de varios libros suyos, que los individuos jamás leerían, y que si lo intenta-

ban no entenderían; Antonio hace mucho que ha dejado de hacerse ilusiones en cuanto al pueblo; antes ha pensado, pero ha rectificado a tiempo: la chus. Recordó con una mueca de disgusto sus años de exaltado marxismo, sus visitas a Cuba, aquella charla con Fidel, o mejor aquel soliloquio de Fidel que los escasos privilegiados oyeron extasiados; 'Yo inclusive', se reprocha.

Cierra el ingrato paréntesis con una larga calada al cigarrillo, sentado de nuevo en su sillón anatómico, sin ganas de hacer nada excepto pensar; pensar concretamente en ese libro de cuentos que, ¿cómo lo haría? ¿Un cuento tras otro? ¿O mejor espaciados, un cuento o un par y después la primera versión completa, mecanografiada, de Las cataratas, título provisional de una novela corta que tenía bastante pensada, y de la que había borroneado frases, párrafos, páginas, listas de nombres, listas de lugares imaginarios, listas de lugares reales? Después otro cuento u otro par o tres. Un duro reto, porque él necesitaba de espacios amplios para escribir con la adecuada soltura. Y, por supuesto, primero que nada La romanza rosa, que tenía que ser su próximo libro, porque si no, de tanto que lo había pensado y trabajado, se le moriría inédito; no sería la primera vez que le ocurriera.

Otra novela corta, como lo sería Las cataratas.

A estas alturas, cuando ya se había probado de sobras como eficaz y exitoso con varias novelas largas en su haber, les había perdido aquel vergonzante miedo sordo a las novelas cortas; un miedo que lo había forzado a construir novelas largas mezclando para ello diferentes novelas cortas. Ya no más. Ya nunca más.

La novela corta, por desgracia tan poco comercial, era *su* tamaño. A él, por ser quien es, le publican novelas cortas, pero en ediciones de lujo, ilustradas; él lo ha aceptado siempre por el dinero, exclusivamente, porque le parece que ilustrar una novela era degradarla. Los senos de Dolorcitas era una novela corta, como lo eran Ícaro y Gaiferos, y otras tantas que mejor no acordarse. No todas, pero la gran mayoría de aquellas novelas cortas se las habían publicado en ediciones de lujo, por lo común ilustradas; todas se habían traducido a un montón de idiomas, en ediciones de lujo, ilustradas. Después salieron ediciones baratas, de bolsillo, que ahora, con la nueva política editorial de vender en kioscos, los anticipos no pasaban de ocho o diez mil dólares, en su caso. A nadie, excepto, acaso, a Gabo, se le pagaba más por esas ediciones, al menos en el ámbito secundario del español. Sólo sabía, había oído decir, mejor dicho, de Borges, al que se le había anticipado cuarto de millón de dólares por editar sus obras completas y venderlas en kioscos, a rutina semanal, treinta y tantos volúmenes. ¿Podría él escribir un cuento que estuviera a la altura de 'Los teólogos' o de 'La escritura del dios' o de 'Las ruinas circulares'? Se contesta que no. A solas consigo mismo no le cuesta abrirse o catapultarse a la más auténtica y generosa, espontánea sinceridad. Lo hace sentirse bien, honesto, honrado, legal, leal.

Sus horarios de trabajo, aunque no precisamente elásticos, tampoco son rigurosamente rígidos; fluctúan entre tres y cuatro horas, pues más tiempo no se puede consagrar, pasado el medio siglo, a las tareas creativas, entre las nueve de la mañana y las tres de la tarde. Aquella mañana empezó a trabajar hacia once menos cuarto y ya eran dos menos diez; podía salir sin que la bella Leticia lo agobiara a preguntas y, como a veces sucedía, le leyera en el alma la euforia o la frustración.

Sintió, al desperezarse, una leve punzada de hambre. Se incorporó con agilidad y salió al gran salón, cuyo ventanal se asomaba a un meandro del Tee, el delgado y aristocrático afluente del anchuroso y plebeyo Thames. Paladeó la vista con indiferencia íntima pero con orgullo. Sus obras le habían permitido comprarse un ático doble allí, del lado de afuera de Hyde Park Corner, donde el pie cuadrado se valoraba en cuatro mil libras.

Leticia aparecía desde sus aposentos, los que ambos compartían, con una revista enrollada en una mano.

-No te quise molestar mientras trabajabas, mi amor –le dice- Pero dime, ¿qué quiere decir astonishment?

-Parece mentira, belleza –dice Antonio, mientras mueve a ambos lados la cabeza con una sonrisa-. Quiere decir asombro, perplejidad.

-Ah, si, me parecía –contesta ella, ya desinteresada, inclusive un poco distraída.

-Tres años llevas en Londres y sólo te parecía –sonríe discretamente Antonio, y añade, con otra voz, su voz indiferente-. ¿No vas a mezclar los aperitivos?

-Si, es claro. ¿Tú qué? ¿Lo de siempre?

-He pensado -vacila Antonio- que acaso un daikirí. Tus manos lo baten de gloria.

-¿Cómo te fue hoy?

-Pasablemente –miente Antonio.

Ella no lo mira; prepara los cocktails. Cuando se gira, con el daikirí de Antonio en un platito circular, tiene una ceja enarcada.

-Recuerda que debes entregar la obra en junio. En un año justo.

-En octubre, querida. Un año y medio, o poco menos.

-En junio, mi amor.

-En octubre. ¿Me lo vas a decir a mí? Fue el último acuerdo al que llegué con Ágata. Como la editorial planea publicar el libro en abril del noventa y nueve, hacia la fecha en que murió Cervantes, tendré seis meses enteros para corregir galeradas. Me aseguraron que me mandarán un mínimo de seis juegos, si lo considero necesario.

-No entiendo cómo no te opias corrigiendo esos rollos de papel.

-Es sobre las galeradas donde se hace de verdad, definitivamente, el libro. Dicen que ahora, muy pronto, también con los libros se empezará a trabajar sobre diskettes. Conmigo harán la consabida excepción, claro está, porque ¿cómo voy a darle la forma final a nada en un diskette, es decir en la pantalla de un PC? Yo ya soy un escritor veterano, consagrado, si bien aún prolífico, que les hace ganar mucho dinero, tanto a Ágata y sus socios como a las editoriales que editan mis libros. Por éste, Ágata me garantizó un anticipo de seiscientas mil libras.

-¿Y estás seguro de que es bueno?

-Un artista nunca debería estar seguro de nada, pero sí, es bueno; casi tan bueno como este daikirí preparado por tus angelicales dedecillos. Déjame que les bese las yemas.

Ella se adelanta, se para a un paso de él, extiende los diez dedos con las palmas de las manos vueltas hacia arriba y Antonio, alzándolas una tras otra e inclinando a la vez el cuello, besa minuciosamente una por una las adoradas diez yemas, que por las noches lo acarician.

-¿Tú hoy no bebes? –pregunta Antonio.

-Estoy a dieta.

-¿Desde cuándo?

-Desde hoy.

-¿Hasta cuándo?

-Uf, cómo saberlo. Lo leí en mi horóscopo.

-En tu horóscopo –dice Antonio, un sí es no es enfurecido-. Parece mentira que una chica como tú, inteligente y racional, casada conmigo, capaz de leer mis libros, disfrutarlos y entenderlos, haga caso de horóscopos y otras zarandajas por el estilo. ¿Cuándo vas a ir a que te tiren las cartas?

-El martes, con Seblee, y el jueves vamos a ver a la quiromántica.

-Y horóscopo, tarot, lectura de las líneas de las manos, seme franca, ¿Coinciden siempre?

-No coinciden nunca. Si coincidieran vaya opio, corazón.

-¿E igual tú crees?

-Mato el tiempo. Yo no soy profesional de nada, sólo me dedico a ti y tú me prohíbes que te prodigue excesivos cuidados.

-No quiero que te canses, que te agobies ni te angusties.

-Vivo angustiada, cielín –lo dice Leticia con la más esplendorosa, inclusive resplandeciente, de las sonrisas.

-Vaya por Dios. ¿Por qué?

-Tienes a Dios en la boca siempre, y no crees en él.

-Por eso mismo lo tengo en la boca siempre. Si creyera, me guardaría muy mucho de mentarlo. Le rezaría. ¿Por qué?

-Uf, cosas de mujeres. Dejémoslo, ¿eh?

-Tú mandas –dice Antonio, mientras escrutiniza a su bella y joven mujer legal con una cierta, aunque callada, suspicacia, piensa qué demonios le pasará; tiene une expresión casi feliz. Prefiere cambiar de tema.

-¿Qué hay de comer? -pregunta

-La signora Ocleppo se levantó con el pie izquierdo, cariño. Dice que los lenguados no son frescos. Mentira podrida. Es porque no quiere hacer nada que no sea rellenar sopas de letras.

-Habrá que hablar claro con esa mujer. ¿Qué se cree? ¿Qué esto es un club? Se le paga, y muy bien, para que cocine y se encargue ella de comprar los ingredientes. De modo que ve y dile que los lenguados se le descontarán de su salario.

-Ay, no, cariño. Dejémosla. Cuando quiere cocina divinamente. Vayamos a un restorán.

-Restaurante –corrige Antonio- Res tau ran te. Viene del verbo restaurar. ¿Cuántas veces te lo he dicho?

-Mil, supongo, pero restorán es francés, o al menos suena como si lo fuera.

-Lo es. ¿Y qué?

-Da más chic.

-Ya estarán cerrados todos los restaurantes. Los londinenses almuerzan temprano.

-¿Pero qué dices? Sabes mejor que yo que Turner sirve hasta las cinco. Tenemos tiempo de sobras. Hoy quiero ponerme mi jumper body entire; el que me compré estos días, que me lo probé y tú dijiste que les da el debido realce a mis senos y a mi atrás, amén de mis largas y bien torneadas piernas. Lo dijiste con esas palabras tan lindas con las que me dices las cosas lindas; ay, amor, me hablas mucho mejor a mí, cuando me susurras esas cosas, que cuando das conferencias en aulas magnas y paraninfos y esos sitios así.

-Creo que está un poco fresco para que vayas con el jumper. Además, no sé, es una prenda semi deportiva, y sí, en Turner no exigen eti-

queta, bueno estaría, pero cae por Picadilly Circus y no sé –por lo común, Antonio, maestro del lenguaje no sólo escrito, también oral, se expresa de manera harto confusa como cuando tiene que llevarle suavemente la contraria a su deliciosa y adorada mujer legal.

-Llevaré también mi visón. Así comemos en la terraza. Tú lleva una bufanda abrigada. La escocesa. Eso mismo.

-Tú mandas, odalisca; yo obedezco.

-Y no se te ocurra volver a ducharte. Quiero que esta noche huelas a hombre, no a gel de baño ni champú.

Leticia se gira y sale del salón.

-Voy a cambiarme –es lo último que dice, ya en camino a sus aposentos.

Antonio se sienta en un crujiente sillón de mimbre abombado, con un almohadón verde en el asiento y otro con un conejito bordado en el respaldo; a este último lo sostienen dos anchas tiras de tela a rayas diagonales azul y rosa. Todo el decorado de la casa, menos el despacho de Antonio, ha sido cosa de Leticia, aquella mezcla de niña y mujer que lo había atarumbado, hace hoy algo más de cuatro años, cuando formaba obediente cola para que él le autografiara un libro en la feria de Champ de Mars. Fue verla, con la cabeza protegida por un parco gorrito de lana, a tres o cuatro personas de distancia, atisbarla apenas y sentir que su entonces cansado y, según él creía, agotado para siempre corazón, se puso a latir más fuerte y cada vez más de prisa. Cuando ella colocó su carita ante la de él, Antonio tembló, su mano con el bolígrafo tembló, la letra sobre la impoluta hoja salió toda temblorosa. Ella lo miró, miró la anodina dedicatoria y se rió. Bye. ¿No te irás así? ¿Cuánto tardará usted? Todo este miyón de gente. Corto en cinco minutos. Espérame, te invito a lo que quieras OK. Mascaba chiclet, muy tran-

quila, como si recibiera invitaciones de celebridades todos los días, pero ¿qué importaba? ¿Qué más daba? Tiene que ser mía, pensó aquella tarde Antonio. Lo fue, pasado un mes. A los tres se casaron. Ella tenía veintisiete años y él cuarenta y nueve.

Turner queda en Kensington Gardens. Es un edificio de dos plantas, de ladrillo expuesto, pardorrojizo, y grandes cristaleras y ventanales. Se levanta aislado, con un aparcamiento anexo y otro subterráneo, ambos con ascensores. El lugar está rodeado por una alta valla de seto vivo y cuadrangulares cespederas con senderos de baldosas hexagonales; por las paredes, entre las cristaleras y los ventanales, trepan rosales entremezclados con magnolios arbustivos. Es un sitio elegante, caro, exclusivo. La gran cristalera aneja a la puerta principal está caligrafiada, de arriba abajo, con pintura blanca ribeteada por filetes negros. Allí se leía:

BEER OF ALL KINDS

STOUTS ALES

English stout & ale
Irish beer
Moravian & Bohemian beer
Netherlander & German beer
Greek & Balkanian beer
Mexican & Uruguaian beer

Indian ale.

ALL KINDS OF WHISKY AND WHISKEYS

Scotch (malt & blended)

Irish whiskey
Canadian Club whiskey
Tennessee & Kentucky whiskey
Japanese & Spaniard whisky

JOHNNIE WALKER

Green ribbon	**36 L (580 L the bottle)**
Blue ribbon	**24 L (450 L the bottle)**
Golden ribbon	**18 L (275 L the bottle)**
Black ribbon	**8 L (140 L the bottle)**
Red ribbon	**3 L (45 L, 60 p. the bottle)**

Como siempre que entran en Turner, Antonio se demora unos placenteros instantes en una somera lectura de aquellas listas. Lo fascinan las listas, las enumeraciones, los catálogos, las guías de teléfonos, la clasificación alfabética de calles de cualquier ciudad; piensa que a todo verdadero escritor lo tienen que fascinar, como a él, esa clase de cosas. Hay afortunados escritores para quienes las letras tienen colores; cada una el suyo. Para él no; él las ve a todas del mismo color: negras o azules, según la cinta que use, en su Smith-Corona, blancas en la gran cristalera de Turner. Las letras, empero, son lo suyo, su reino. Para él la lista más importante de todas es el abecedario, y concretamente el abecedario español, con sus veintisiete letras, incluyendo eñe, ka y doble uve. La eñe es la letra que distingue al español, ya que no existe en ningún otro idioma excepto, por comodidad imitativa, en el vascuence; la ka y la doble uve son dos letras extrañas al español, que no existen en ninguna palabra genuinamente española, pero que igual figuran en su abecedario, y se utilizan, como en kiosko y en whisky.

Años antes, se había tratado de escribir whisky de otras diversas maneras: güisqui, güiski, juisqui; él, en sus tontos años jóvenes, había propuesto, y usado la última, juisqui, que por lo menos tenía la ventaja de que le devolvía a la palabra su verdadera fonética inglesa. Afortunadamente, piensa, ha crecido desde entonces, ha madurado, se ha olvidado en el camino de todas aquellas ridiculeces; como escribir quiosco, por ejemplo, u oquei.

Man, piensa. En su país es muy corriente pronunciar man para decir hombre. Él jamás la ha empleado en sus libros, excepto en algunos diálogos de intención satírica y/o burlesca.

Entran los dos del brazo; él entra aún distraído en sus personales pensamientos, que lo retroceden a la juventud y a la adolescencia, única etapa de su vida en que probó la poesía; les escribía poemas a sus efímeras novias de teenager; cesó a los dieciséis, y nunca más.

Como siempre que salían juntos a cualquier parte, muchos hombres se giran para mirar a Leticia. A Antonio le agrada su marcado sentido de posesión, ser el propietario de aquella mujer tan bella y atractiva, tan sensual y exuberante. Le molesta, al mismo tiempo, que ella sea consciente de las miradas y se exponga, con la maldita, incurable coquetería femenina, a ellas. Además, hoy, aquella tarde, Leticia luce su jumper body entire, que consiste en una blusa con un pronunciado escote, una chaqueta que se podía bien abotonar, bien pasarle presillas o bien cerrarla con la cremallera, más una falda pantalón; el pantalón, la chaqueta y la blusa son muy ajustadas, ceñidas, a no ser que la chaqueta se llevara suelta, abierta, como le gusta a Leticia; chaqueta y falda pantalón, además, pueden pegarse, como si fueran una sola pren-

da, con un complicado andamiaje de velero; y encima aquel visón, que le llega a la cintura, y que tiene dos amplias solapas, mejor dicho dos gruesas tiras a ambos lados de la abertura central, y que no tiene presillas, botones ni cremallera; ¿habría tapados de visón con cremallera? ¿De visón sintético, acaso? Ahora que muchos peleteros sólo trabajan con pieles sintéticas, doblegados por las críticas de los ecologistas y otra gentuza afín, todo se ha hecho posible. El visón de Leticia, por supuesto, es auténtico, aunque ella tiene tanta pena por los pobres bichos a los que la gente mata; pena por los tigres, pena por las jirafas, pena por las avispas, tan cruelmente asesinadas con cianuro, pena por las marsopas, el león y el elefante marinos, la nutria, el cachalote, el rorcual azul, el peje sapo, las pobres medusas. En fin. Por lo menos Leticia no es una de esas ecologistas aborregadas. No es feminista, ni antiyanki, ni acude a manifestaciones en pro o en contra de nada. Él sí lo ha hecho, esto último, y ha firmado manifiestos contra la bomba de neutrones, contra la llamada pax americana, contra el imperialismo anglosajón, etc. No es que en realidad se arrepienta. Fue una etapa que vivió, acaso necesaria, que pasó. Ahora, desde hace unos años, se consideraba un liberal de derechas, pero se manifiesta claramente distanciado del neoliberalismo económico.

La planta baja de Turner es una cervecería. Los melancólicos y callados bebedores ingleses se mezclaban allí con altivos africanos de ambos sexos, negros y bellos y esbeltos, con majestuosos y barbados sikhs, que sólo beben cerveza floja hindú, con europeos continentales, con evidentes rusos borrachos, que hablan a gritos su desagradable idioma. Pensar que Tolstoi y Chejov escribían en el mismo idioma que gritorrean estos beodos, se dice Antonio. Una enorme fotografía de un gigantesco elefante en plena carga, con las grandes orejas desplegadas,

ocupa entera la pared que separa el mostrador, que ocupa, sinuoso, una esquina, y las escaleras, las que suben al restaurante, amplias y alfombradas, y las que bajan a los lavabos, más estrechas y sin alfombra.

Del brazo, sonriéndose el uno a la otra, Leticia y Antonio principian a subir la escalera. Van a la terraza, es decir a la azotea, donde hay mesas con sombrillas desplegadas; el sol, aunque pálido, hubiera sido un incordio para comer tranquilos, al menos en cuanto a Antonio. A Leticia le da lo mismo, le gusta el sol; él lo detesta.

-Esto no es ni sol –se queja Leticia del sol inglés de verano.

En razón de su trabajo, Antonio tiene que pasarse aquel verano entero en Londres. En otro lugar no hubiera podido escribir; no al menos Las fazannas, porque en Londres, en su ático o pent house, en su despacho, tiene él no sólo su Smith-Corona, que en todo caso se hubiera podido trasladar con un millón de precauciones; tiene allí sus cuadernos grandes y standard, sus libretas cuadriculadas y de hojas sin ninguna clase de rayas, blanco puro; tiene sus hojas mecanografiadas, sus libros de consulta, su sillón anatómico, ahora ya imprescindible, como antes lo había sido aquella incómoda silla rígida; tiene allí, además, él está convencido, su inspiración, como antes la ha tenido en Queenstown, en la pieza de Monmouth Street donde vivió en sus años de corresponsal, en Madrid, en París, en Barcelona, en París de nuevo, en Barcelona otra vez, ahora en Londres, en su casa, en su hogar, en el sitio donde vive (no todo el tiempo), donde come (no siempre), donde duerme (no todas las noches), donde hace el amor, donde escribe todos los días, sin domingos de descanso ni lunes ni sábados ni festivos, ni Nochebuena ni Navidad. Se toma vacaciones, cada vez que termina un libro y éste ya

ha pasado de manos de su agente a la editorial o editoriales en que se publicará. Entonces el libro se le ha ido definitivamente de las manos y lo abruma una sorda melancolía. Entonces sí se toma un descanso, vacaciones, en sus tiempos de casado, sus tres matrimonios, saliendo de viaje, en sus tiempos de soltero divorciado o en proceso quedándose donde fuera que viviera. Viajar, conocer lugares, visitar museos, hacer fotitos, posar para fotitos, Pliiiis, sonríe, Tony, la aguda voz de Carmencita le vuelve, del fondo final del tiempo, nada de eso le interesa. La música no le interesa, ni culta ni popular, ni Beethoven ni el tango ni Louis Armstrong; la pintura nunca le ha dicho nada, ni Velázquez ni Picasso; le gusta Mondrian, la sobriedad de sus líneas rectas, de sus cuadrados y rectángulos, del cuadro enteramente blanco al que tendía y que, no obstante, nunca pintó, porque hubiera sido igual que morirse. Dante escribió el maravilloso terceto final del Paradiso y se murió muy poco después. No le quedaba nada por hacer, nada por qué vivir. Había escrito la obra más grande que ha creado el ser humano, mucho más grande que las pirámides, que las cataratas del Niagara, que cualquier ficción o artificio de la naturaleza, y lo sabía. Dante, quizá, fue el único genio auténtico que era consciente de serlo. Porque ¿Shakespeare?, ¿Tolstoi?, ¿Flaubert? Puede que Goethe también lo supiera, al menos al final de su vida. La secreta ambición de Antonio Díaz Jardim, en cuanto que escritor, en cuanto que hombre, en cuanto que ser humano, en cuanto que animal racional, era escribir una novela de Goethe, de la vida de Goethe, hacer maleable y ficticia la vida del genio prusiano. Ningún otro escritor lo atrae de la misma absorbente forma. 'Tal vez llegue un día en que me atreva y me ponga y la escriba, aunque sea sólo para mí, para librarme de la obsesión'. Trata de no pensar en eso, en Goe-

the, en lo que podría él hacer con su vida, con sus poesías, con sus novelas, con su Fausto y sus Afinidades electivas y su Wilhelm Meister.

-Sentémonos aquí, darling –ya han llegado a la azotea sin que él se percatara; Leticia le aprieta una mano y señala una mesa, a dos metros, con el mentón-. Tú allí, así te da la sombra, y yo en frente, así me da el sol.

-Este escueto y escaso y hambriento solecillo londinense, que no es ni sol ni nada –Antonio la imita mal; sonríe; desplaza la silla para que Leticia se siente al solcito y al recolocársela bajo las nalgas la besa fugazmente en el pelo, de lo que ella ni siquiera se da cuenta; mejor; se sienta él-. ¿Quieres primero un copetín?

-Un apéritif, se dice, Antonio, parece mentira, tú el mago de las palabras. En el restorán el cocktail es un apéritif, para abrir el apetito. ¿O no?

-Tienes todísima la razón, aunque no por convertirse en tu aperitivo un cocktail deja de ser un copetín.

Antonio mira a su alrededor mientras Leticia pide sus apéritifs, un daikirí para ella y un whisky sour para él. Antonio, distraído, mientras su mente divaga y salta de una idea a otra, observa el decorado, lujoso, elegante, aunque algo recargado. Hay máscaras africanas, tan parecidas a Picasso que éste las hubiese podido firmar sin menoscabo ni ¿vergüenza? Todo arte es plagio, recuerda Antonio; un apotegma repetido hasta el cansancio. El arte es siempre imitativo. El espejo que Stendhal pretendía poner en el camino en realidad estaba encerrado entre las páginas de los libros de su biblioteca. Recuerda una frase de Recuerdos de egotismo ¿o del Henry Brulard? Que decía 'Jamais l'artist c'est seulement lui–meme, en attendant sa condition dérivatife des

autres artistas prècedents, ayant eux il lû ou non; ça c'est le moindre.' Y esto lo decía Stendhal, aquel hombre genial que sólo pretendía reflejar la vida, tal como era, en las páginas que escribía.

-Estás distraído –dice Leticia, al tiempo que presiona la mano suavemente, sobre la mesa, a su marido-. ¿Brindamos?

Con la mano libre ha levantado su vaso espigado de daikirí.

-¿Por?

-Por tu libro, del que nunca nada me cuentas.

-Nunca he contado nada a nadie mientras un libro está en proceso.

-Hablas como si un libro saliera de una fábrica, de una cadena de montaje.

-Así es, al menos con respecto a los míos, y creo que también con respecto a todos los libros de ficción en general.

-¿Inclusive los poemas? ¿O no son ficción?

-Lo son, supongo.

A Antonio, la poesía, en realidad, no le interesa demasiado. A excepción de un puñado de poemas (los sonetos de Shakespeare, de Dante, poesías de Darío, de Jiménez, de Machado, 'The ode to a nightingale' de Keats, que se sabe de memoria, como el 'Xanadu' de Coleridge (o Kubla Khan), así como también le atraen un puñado de versos de Villon, otro de Ronsard, bastantes de Hugo, el Canto General de Neruda, leído en su juventud y que hoy día no se atrevería a leer de nuevo, que nunca había vuelto a leer íntegro, aunque sí, en ocasiones, había leído trozos salteados, aquel libro mineral como los Andes, líquido como el Pacífico, aéreo como la puna de Atacama y frío como Queenstown en invierno, con aquel imposible yelor tropical, un frío que había días en que cortaba la respiración; dos o tres maravillosos poemas de fray

Luis, sobre todo 'A Salinas' y aquel de la descansada vida, o 'Lejos del mundanal ruido', esos calmos poemas en los que de súbito se inmiscuye algún verso cargado de súbita violencia, recuerda Antonio, Roto el frágil navío/ a vuestro albo reposo/ fuyo de aqueste mar tempestuoso, los susurra; excepto por esos y algunos otros ejemplos, la verdad, dolorosa, es que la poesía le era ajena. De Huidobro, altísimo poeta, lo que lo fascinaba era su novela, acaso la mejor que se haya escrito nunca en América Latina, el Diario de Alicia Mir.

El español Enrique Granados, un coetáneo casi estricto, un buen poeta, un excelente poeta al decir de algunos entendidos, le había pedido hacía unos años que le prologara un libro de versos que se llamaba Ulises en Sud América. Antonio leyó, e inclusive releyó el libro, que al margen de algunos repentinos fulgores de belleza, lo dejó frío. No quiso, empero, decir que no a la petición de un amigo. Escribió, pues, aquel prólogo, de casi veinte páginas, por amistad, sin percibir un céntimo, y Enrique, encantado, se lo agradeció de la forma más cordial, incluso emotiva, sonrojado y balbuciendo que él no se merecía tanto. ¿Por qué, se pregunta hoy Antonio, no me sentí un canalla? ¿Por pura y mera y despreciable indiferencia? En realidad, aquel prólogo, el único que había condescendido a escribir en su vida, tanto le daba.

La Divina Comedia, el libro más alto que ha generado la literatura, sea como fuere, no era sólo poesía, era de hecho una novela rimada, hecha realidad con los más sublimes versos que se han escrito, pero una novela; de hecho la primera novela escrita en primera persona, donde Dante el escritor coloca a Dante el personaje (no hay que confundirlos) en un costado de la trama, como testigo privilegiado del alucinante viaje por los mundos del Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, que salidos de su pluma parecen tan reales como Camden Town, Montmartre y las

Islas Negras, respectivamente. Una novela, sí, llena de personajes novelescos, desde Francesca da Rimini, en el canto V del Infierno, hasta Cacciaguda, en el X del Paraíso, y Virgilio, y la propia Beatrice. ¡Y Ulises, envuelto en fuego! Antonio, que detestaba los énfasis en los libros, sintió que al pensar en Ulises, el personaje novelesco por excelencia, había empleado signos mentales de admiración. En sus libros, él sólo empleaba estos signos, y con muchísima cautela, en algunos diálogos, nunca en el pensamiento de ningún personaje, porque en la corriente de la conciencia, la de William James más que la de Joyce, la del pragmatista no la del artista, no existe nunca el énfasis, que Joyce, por otro lado, se cuida muy mucho de no señalizar en ningún momento con el maldito signo; porque hasta nuestros pensamientos más concretos y deliberados forman parte de esa incesante corriente, como lo forman sueños y pesadillas; son lo que sobresale de la corriente monótona, que igual fluye y sigue, como un ruido de fondo; una interferencia.

-Estás tan callado, cielín.

¿Qué te ha dado ahora por pensar en Dante?, se preguntó a sí mismo Antonio. Las palabras de su mujer lo retraen al lugar, time present, con un instante de demora. Parpadeando, avergonzado por no sabe qué, sonríe, le acaricia flecos dorados de cabello a Leticia, le dice, con contenida pasión, que ni él mismo se explica, a no ser, se dice, que el amor rompa cadenas que él creía indestructibles, como, por ejemplo, la de su ecuanimidad al hablar de su arte, el de escribir, y de todo lo que se relacionaba con éste.

-La mente –dice-, cuya sede es el cerebro, no para de funcionar. Yo escribo, soy escritor, jamás fui otra cosa. Yo me concentro en lo que escribo, en las palabras, las pienso, y al mismo tiempo mi mente piensa otras cosas; recuerda, imagina, inventa, interpreta, y a veces, algo de

ese magma turbio, que no son palabras, ni siquiera sonidos, tampoco imágenes, sube a la superficie, como un madero podrido de algún viejo naufragio, y yo, peón de brega del Artífice, con mayúscula, no de Dios, que no existe, y que si existe es como si no existiera, porque si existe es un señor remoto, mudo, sordo, ciego, tetrapléjico, que está tirado boca arriba en la espalda de una estrella negra y jadea afanosamente; no Dios, ni el Arquitecto Universal de los francmasones, ni Shiva ni Alá sino la figura platónica, el Principio Activo, lo que creó las estrellas, el big bang, las nebulosas, el vacío, esa dichosa y novedosa materia oscura que lo sustenta todo, según los novísimos genios de la astronomía, tan parecidos a los astrólogos caldeos del tercer milenio antes de Cristo, lo que creó la vida y a nosotros, a ti, mejorando un poquito a Helena de Troya, a Thaís, a Friné, a lady Godiva, a Josefina de Beauharnais, a Gene Tierney y a Claudia Cardinale, déjame terminar.

Antonio le pone el índice, cruzado, a Leticia, sobre sus adorables labios carnosos, sensuales, provocadores, ¿provocativos?, ¿es tan bella para los otros como lo es para mí?, se pregunta, no sin cierto orgullo, no sin cierta inconfesable alarma.

-Eso –dice- Ése, me obliga, en esos momentos, cuando sube una burbuja del fondo de mi conciencia a la superficie, a buscar las vueltas, a enredarme y padecer para meter en mi relato, largo o corto, ese súbito fantasma de mi subconsciente o de mi inconsciente y tardaré, quizá, trescientas páginas pero lo meto, y es acaso lo único que justifica al libro, no sé. Escribir es eso.

-Nunca me habías hablado así, con tanta, uh, perdona, poesía, ¿no?

-Es que me he dado cuenta hoy, ahora, hace, no sé, cinco, tres minutos, segundos acaso. Pensaba, no sé por qué, en la Divina Comedia,

¿sabes? He tenido que vivir cincuenta y tres años completos para darme cuenta de que siempre se está en la salida y de que la meta acaso exista, pero es inalcanzable. Me pregunto: ¿A qué escribir, para qué tantos miles y miles de escritores, geniales, talentosos y mediocres, han gastado sus vidas sobre hojas en blanco después que Dante escribió? Porque la meta, te he dicho, es inalcanzable, por lo menos para los obreros como yo, que se denuedan de sol a sol, pasan las noches de claro en claro, como don Alonso Quijano el Bueno, y los días de turbio en turbio, atados a una pata de sus mesas de trabajo, como Honoré de Balzac, beben litros mortales de café, como Balzac, o ajenjo, como Darío, o whisky, como Joyce, Chesterton y tantos otros, o se someten a estrictos y rigurosos ascetismos, como Shaw, o enloquecen, como Swift, o se emborrachan con las más infectas miasmas y mueren de delirium tremens, como el caballero Edgar Poe, encontrado yerto y agonizante en la nieve, después de haber sido expulsado de una mefítica taberna de Baltimore, o como Dylan Thomas, ¿has leído mi relato?

-Es claro que lo he leído, amorcito. Y es divino. Lo que no entiendo es por qué te niegas a publicarlo.

-No me niego. Dudo.

-¿Por qué?

Antonio se encoge de hombros; no quiere hablar de eso; de su relato sobre el último día, no del todo ficticio, de Dylan Thomas en Baltimore, tratando de convencer a la mujer que ama para que vaya a verlo, a la misma taberna, según él, de la que expulsaron a Poe a la calle, la nieve y la muerte. Amenaza a la mujer, le dice: Si no estás aquí en un cuarto de hora empiezo a beber, como Poe. El relato, laboriosísimo, le quedó mejor de lo que él había imaginado, pero algo en el mismo le repele, le choca, lo avergüenza. Tal vez, piensa, porque lo escribí, lo em-

pecé, poco después de conocer a Leticia, y lo terminé a la vuelta de nuestra luna de miel. ¿Y hay acaso algo que los identifica a Thomas y a él así como a Leticia y a la mujer a la que Thomas telefonea y chantajea con el delirium tremens, que al final, poco después, lo mataría? Usó los verdaderos nombres, tanto de Thomas y de ella, Alicia Compton McKenzie, como de otros personajes que cruzan la novela, en alguna de sus escasas noventa páginas. Ian Fleming, por ejemplo, y TS Eliot

-No sé –dice, renuente, parco.

"La meta existió, prosigue, estaba a su alcance, para Dante, que se atrevió a escribirla y se murió en seguida. Existió para Mondrian, que no se atrevió a pintarla, o a no pintarla, una tela blanca, fin del trayecto, y se sobrevivió a sí mismo, dando vueltas en torno a la meta, a ese cuadro sólo y todo blanco al que tendía, pero sin jamás pintarlo, porque ipso facto se moriría y él, quiero creer, amaba la vida, ir a bailar tangos con chicas ticket los sábados, tangos trazados a escuadra y cartabón.

-Es el que decía 'Adoro el tango por su precisión', ¿no?

-Se lo hago decir yo, Leticia. En realidad es lo mismo.

-Sho lo que no entiendo es cómo adoras tú a Mondrian, que son puros cuadrados, y no te gusta Rembrandt, que está cargado de vida, que es tan parecido a ti en eso, y Velázquez, o Vérmer.

-Vermeer –corrigió Antonio.

-Sho lo shamo Vérmer y sanseacabó, corazón. ¿O me lo prohíbes, porque en ese caso…?

-¿En ese caso qué? Lo seguirías llamando igual.

-Sabes que no, que tú dictas y sho obedezco.

A Antonio lo tenía prendado el habla cantarina de Leticia, su habla rioplatense, sho, shuvia, shamar, shave. El se sentía incapaz de imi-

tarla, ni lo intentaba; ni en broma.

-Hay cuadros de Mondrian –dice- pre Mondrianes, de cuando pintaba manchas, figuras vagas, informes, que adolecen de una terrible falta de geometría. Hasta algún bodegón pintó, o una naturaleza muerta, que hoy cuelga en algún museo americano, creo que el Getty, de California. A ti te gustaría.

-¿Hay un pez?

-Cabe que lo haya, ¿por qué?

-En ese caso lo ví –dice Leticia, con voz acariciante, ensoñadora- Lo ví en una revista, antes de conocernos. Creo que aún vivía en Baires; creo que aún trabajaba en la Bi Ai Travels allá, no en París. Tengo el vago recuerdo de que vi aquel cuadro y leí la firma y pensé, Mira tú, Mondrian, el de las rayitas y los cuadraditos, pintó una vez un pez.

-Un pescado, sería.

-¿Qué diferencia hay?

-El pez está vivo: el pescado no; el pescado se pesca para comérselo. Por eso decir pescado muerto es caer en redundancia.

-Como decir pez vivo.

-No, no –exclamó, con cierto énfasis parecido a la euforia, y debido al vino ingerido, el escritor-. Puede haber peces muertos. Los que mueren porque han cumplido su ciclo vital y caen al fondo del mar para alimentar a las fantásticas criaturas abisales; Los peces que arroja a la costa un tifón o un huracán. Los tiburones gigantes, a los que no se pesca, sino que se los caza a tiros. ¿Recuerdas Tiburón, la película?

-La vimos juntos, aunque los dos la habíamos visto antes, por separado.

-Antes de conocernos –dice Antonio, y en un arrebato de súbita ternura le asge una mano a Leticia sobre la mesa y se la acaricia unos

instantes, con las yemas de los dedos en el dorso, suavemente-. Te quiero –susurra.

-Lo sé –contestó ella-. Y yo a ti.

"Los japoneses, bruscamente Leticia cambia de asunto, comen tiburones.

-Sólo las aletas. Y no sólo los japoneses. Yo he comido.

-¿Tú? –Leticia abre ojos como platos, escandalizada-. ¿Estuviste en Japón tú?

-Jamás –dice Antonio-. Es el país que menos me interesa conocer del mundo, junto a Egipto.

-¿Tonces?

-Las venden en lata. Es una sopa.

-¿Te gustó? –se forma una lenta muequecita de asco en los túrgidos labios de Leticia; labios carnosos, besables.

-Son un caldo un poco espeso, y muy sabroso, por cierto. Un día comeremos una juntos, en casa. Vienen ya preparadas. Sólo es necesario calentarlas, aunque no en un microondas. A fuego; o en nuestro caso en tu cerámica vitrificada, o cómo diablos se llame. No es como el fuego pero supongo que servirá.

-Tenemos ese calentador que trajiste de Montevideo

-Ah, el Primus. No; sería demasiado engorro.

-Lo usas para calentarte el agua del té, en tu despacho.

-Rarísima vez lo uso.

"A propósito, añade, tras una breve indecisión, Tenemos que comprar alcohol de quemar, alcohol azul. Se me ha terminado.

-Es claro, cielín.

Mecachis, piensa Antonio. Las expresiones cursis y vulgares persisten en Leticia, a pesar de su taimado y persistente adoctrinamiento.

Sea como fuere, lo que más le fastidiaba de Leticia (¿o le dolía?) era el hecho de que no fuera virgen cuando la conoció. '¿Y qué querías? Una muchacha de veintisiete años' se reprocha; no le produce el menor alivio. Hubiera debido ser virgen, le susurra una dañina voz interior.

-¿Nos vamos? –propone.

-Quiero otro gelatto –dice ella. –Me encantan los gelattos que hacen aquí. La casatta en especial.

-Gelatti –dice Antonio- El plural de gelatto, en italiano, es gelatti.

-Me encanta que me eduques, corazón. Gelatti.

-El plural masculino, en italiano, acaba en I. El femenino en E. En eso, el italiano aventaja al español.

Salieron de Turner media hora más tarde. La cuenta había ascendido a casi ochocientas libras; es claro que incluía una botella de Chateau d'Yquem y otra de un fantástico Riesling muy frío. Por suerte a Leticia no le gustaba el champagne, pero era una mujer cara; muy cara para ser la burguesa mujer legal de uno. Cara como una querida cara, se dice Antonio. En esto divaga camino de su automóvil. Está orgulloso de su automóvil, un potente y discreto Humber inglés. También es verdad que en su casa de París tiene un poderoso y espectacular MATRA, producto de la misma fábrica que produce aviones de guerra. Cuando estuvo prisionero de guerra de los franceses, entre 1946 y 1951, el aún joven Ferdinand Porsche, padre, se entretenía dibujando diseños de aviones, tanques de guerra, motocicletas y automóviles. De todos aquellos papeles, salieron dos joyas de la industria francesa, dos automóviles: el Citroën con respiraderos en diagonal a los lados del motor y el MATRA deportivo; el primero se empezó a fabricar en 1953; el segundo tardó más, ya que sólo salió al mercado, y en contadísimas unidades, en 1988. En los nueve años, más o menos, transcurridos, no habían sali-

do de fábrica más de mil doscientas unidades. Se construían a mano, pieza por pieza, tanto de la carrocería como del motor, las suspensiones y el resto de la mecánica. Devoraban más de 35 litros de gasolina de alto octanaje cada cien kilómetros, y su precio al salir de fábrica, sin contar matriculación, impuesto de lujo, etcétera, era de cerca de seiscientos mil dólares, el vehículo de cuatro ruedas más caro del mundo; más que el Ferrari, más que el Rolls Royce.

-De vuelta en casita –Leticia se deja caer en un amplio sofá del salón, con esa impudicia casual, no deliberada, que en ocasiones ejercen las mujeres.

Antonio la siente enloquecedoramente tentadora, pero es consciente de que si le hace el amor ahora, por la noche le resultará difícil. La besa, inclinándose, en una mejilla, castamente, y entresaca un libro grueso de su poblada biblioteca. Son diálogos de Platón; quizá, pensó vagamente Antonio, el mejor prosista de todos los tiempos. Una pena no saber griego. Busca una cita, que esta en El Político; sabe más o menos dónde. La necesita de epígrafe para una de las cinco partes en que está dividido Fazannas, al menos según el plan vigente hasta hoy; un plan que Antonio teme que, por motivos secretos todavía, y espantables, puede que cambie, que se trastorne; mejorará la novela si sucede, como le pasa siempre, pero el trabajo de rehacer, cambiar, corregir y modificar lo ya escrito hoy en día lo horroriza, lo deja laxo e inerme recostado con un codo en el recargado reborde de la chimenea.

Después que encontrara la cita y marcara la página en su libreta de bolsillo, acaso se diera el lujo de leer El Banquete, que también viene en esa compilación. Es uno de sus preferidos entre los diálogos de Platón, cuya al parecer sencilla pero calculada y compleja estructura él había estudiado, diseccionado, trasladado de hecho a una de sus favoritas

novelas cortas, Barcarola. No había sido uno de sus grandes éxitos, aunque la crítica, en líneas generales, la había aplaudido y alabado. Antonio sentía, hoy todavía, una misteriosa predilección por aquella ya lejana novela, que se había publicado cuando él ya era un autor consagrado, aunque sólo tenía 36 años. La consagración le había llegado con su cuarto libro, y tercera novela, la alambicada y compleja La hora de los lobos, en la que se entrecruzaban seis historias con diferentes protagonistas y personajes. El incendio de la ciudad imaginaria de Arenales, que remataba el libro, con sus apretadas y densas páginas, a la manera de Faulkner, había sido elogiado con los más exaltados ditirambos, en dos docenas de idiomas. Hoy, en el recuerdo (tendría que releerlo, pero, por supuesto, no lo haría), aquel final espectacular de su novela se le aparece falaz, escrito con una voz ahuecada que érale postiza, que no era la suya de verdad. Qué se le va a hacer.

Dan las siete cuando por fin Antonio cierra el volumen de Platón. Leticia, en algún momento, se ha inclinado a su lado para comunicarle que sube a echarse una siesta. ¿Ya se habrá despertado? Antonio bosteza y se despereza sin disimulo, consciente de que nadie lo mira. Sube a la planta de arriba, la de los dormitorios y cuartos de baño; la de su despacho, el cuarto de Leticia y el salón; la kitchenette y la antecocina; la de los balcones y la terraza. El apartamento es un fantástico dúplex, ático además, con disfrute de la azotea; de una parte de la misma, al menos, separada del resto por un muro de tres metros levantado sin argamasa. Para Antonio, una de sus insoslayables prioridades, al menos desde que se puede dar ese lujo, es el de una celosa, acaso maniática defensa de su privacidad.

Encuentra el mensaje prendido de la almohada del dormitorio que comparten Leticia y él. “Me fui a China House. No quise molestar-

te. ¡Estabas tan concentrado! Ni cuenta te diste del beso que te dí en el occipucio". El beso en el occipucio es una fantasía cariñosa, pero Leticia seguramente se habrá asomado a la planta baja a mirarlo leer. Ha salido por la puerta de la planta alta, sin duda.

'Espero que no haya ido en bicicleta', se dice DJ. También piensa en esos absurdos patines que Leticia se ha comprado y en los que aún no ha aprendido a desplazarse sin agarrarse de él o de farolas. Piensa que debería bajar al sótano a comprobar si está allí o no la bicicleta, pero no lo hace. Se fía, se quiere fiar del buen sentido de Leticia; también, aunque menos, de sus solemnes promesas. El tráfico inverso de Londres, donde se circula por la izquierda, como en Liguania, la confunde, aún todavía, después de tres años de residir allí, hasta para cruzar las calles. Leticia Le ha prometido, más de una vez, que sólo saldría en bicicleta para pasear por el parque, o por la zona escasamente poblada más allá de Mayda Vale. Entonces, en esos casos, llevaban la bicicleta en la baca removible del Humber; antes del Jaguar, que Antonio vendió a pesar de las protestas y aún los lloros de Leticia.

-Si de verdad pretendes conducir en esta ciudad no lo harás con este vehículo –le había dicho él, tajante.

Ella en ocasiones conducía, tímida y precariamente, asustada en cada giro, frente a cada semáforo en rojo, con él siempre en el asiento de al lado. Últimamente, hacía meses, acaso un año, que no conducía.

China House.

Al principio Antonio no recuerda qué era. ¿Una casa de te? No. Se acuerda en pocos instantes; es una tiendecita estrecha, de dos pisos, que está incrustada entre un multicine y el club Ponsomby, ese enorme edificio victoriano que queda en la esquina de las calles Curzon y Cambridge. Antonio piensa que él, británico naturalizado desde hace año y

medio, acaso debiera hacerse miembro de un club. Se pregunta si lo aceptarían, porque a pesar de sus rasgos europeos y de su piel blanca, amén de sus ojos azul maguncia, él es, al fin y al cabo, un créole, un liguanés, para más señas, un marujeño. Es un famoso, no, un célebre escritor, pero sabe que los malditos ingleses de familias de nota son la gente más snob de la tierra, queentawneses de buena familia incluidos. Que unos monigotes enriquecidos, de origen plebeyo, ejecutivos de la City, osen ponerle la piedra negra es algo que su abundante ego no soportaría. ¿Y un club, además, para qué? Hay clubs muy liberales, lo sabe, como el Marathon Tour, donde los socios pueden pasar la noche a solas o acompañados, pero él no tiene aventuras amorosas, ya que con Leticia le alcanza y, por desgracia, inclusive le sobra. ¿La sacia él realmente, como ella regularmente le asegura? Antonio lo duda.

'Lo que se pierde en potencia se gana en experiencia', se dice, dubitante, sabiendo que sólo repite un tópico, un lugar común.

Va hasta el salón de la planta alta, abre el mueble bar y se sirve un whisky con un cubito de hielo y un chorro de sifón. Lo paladea unos minutos con un cigarrillo, el penúltimo de los seis, que saca del humectador. Rellena cuidadosamente el humectador con cinco cigarrillos más. Tiene la premonición de que hoy superaría su cuota habitual, lo que le ocurría de vez en tanto. Piensa que debe comprarse un segundo humectador para su despacho, porque por lo común lo lleva del dormitorio al despacho, cuando no, como hoy mismo, se olvida de hacerlo. También se olvida de devolverlo al dormitorio, o de llevarlo al salón de abajo cuando Leticia y él se sientan allí a beberse un aperitivo y contemplar el atardecer, hacia por donde discurre el discreto y estrecho Tee, el bello río del nordeste de Londres que atraviesa St James Park, con sus dorados y azules puentecitos, con sus pérgolas cargadas de fucsias y ciclá-

menes, con sus rectángulos de césped siempre verde y sus delicados álamos y alerces.

'El único lugar de Londres donde uno puede vagabundear con placer, inclusive en el odioso invierno y en el infame verano de esta ciudad de fugaces estaciones intermedias'. Era una frase de Wilde, que figuraba en una carta que le había escrito, en francés, a André Gide.

St. James, ese parque casi secreto, tanto más bello que el gigantesco Hyde Park cuanto más pequeño. Antonio tenía debilidad por St.James, ¿acaso por causa de sus muchas lecturas de Dorian Gray? Le había transmitido, al menos en parte, algo de esa debilidad, esa predilección, a Leticia, como le había transmitido tantas otras cosas. Un cierto amor por la lectura, la necesidad de enunciar bien las palabras, sin comerse letras ni añadirlas, el amor de la vida de entre casa, entre sus propias paredes. Con su vaso mediado en la mano, DJ (Di Yay) sale al balcón que da sobre Falconbridge Elbow, ese recodo en el que estaba, entre frondosas mimosas y académicas, el portal rococó y cristales del edificio en el que vivían. Sabe que Leticia, aun en el improbable caso de que se hubiese ido en bicicleta volvería en taxi, con la bicicleta, caso que la hubiese sacado, en la baca desmontable del vehículo y una bolsa con un montón de chucherías, para ponerlas en las repisas y en los huecos de las altas estanterías que contenían la biblioteca de doce mil volúmenes de su marido. Ya no hay sitio para más, ni en repisas, estanterías ni ningún otro lugar, se dijo DJ.

Su cuarto, el de ella, con su máquina de coser, su chaise longue y su alto secreter de cortina no tiene un sobrante ni de un centímetro cuadrado para meter más porquerías de latón, cristal, madera o el material que fuere. Leticia, mañana y en días sucesivos, se dedicaría a descartar piezas ya vistas y colocar otras nuevas. China House, por lo de-

más, vendía todo su atrabiliario surtido de curiosidades a precios estratosféricos. Una chapa de superintendente de Scotland Yard, con la fecha de 1912 y el baño de oro gastado, que compró hará año y medio, la pagó seiscientas cincuenta libras, nada menos. Y una de esas semiesferas que se mueven y da impresión que nevara, de cristal frío y translúcido, con los copos de tenue alabastro y llena de agua dulce, con moho, como ella le dijo, De Verdad, Antonio, mi amor', que recubría el techo a dos aguas de la inerte casita clavada en un rincón, con el humo inmóvil de la chimenea, Una cosa tan chic, darling, ¿no Lo ves?, le había costado otras doscientas.200; y no era un globo grande, ya que a él le entraba, punto menos, en un bolsillo. Estaba muy trabajado, eso sí, con un minúsculo campesino con las manos en los bolsillos, que cuando se giraba el globo y empezaba a nevar, movía un brazo y se ponía un gran sombrero; también había una dama en la puerta de la casita, envuelta en pieles de focal o nutria o morsa, más un corral anexo de pétreos marranos de Bronce, Tonio, diar, ¿no es De Luxe, camp?

Antonio, cordialmente, detesta globo más casita y nieve, marranos y señores que allí moran, en ese minúsculo mundo de paparruchas. Se pregunta, distraído, si serán felices, y sacude irritado, peor aún, de súbito furioso; ha esperado, contra toda lógica, su fuerte, que en estos días de tan fútiles como numerosos cambios dentro de la casa, Leticia se deshiciera del globo y sus habitantes, pero sabe por anticipado que no será así. A Leticia le duele desprenderse de sus amores de hojalata y mimbre, como a él del párrafo más ínfimo de su obra. Esto último empero, es diferente, son sacrificios estricto por mor del arte, no la pasión pequeño burguesa de amontonar y acumular. Ñoñes ñeñas, ñuñerías. Antonio sabe que hoy mismo, en la bañera del cuarto de baños del ala de invitados, yace dormida una sirena de cristal y esmalte, más los ojos

de marfil con opalescentes ágatas azules incrustadas; le falta un ángulo mínimo de la cola. Leticia la compró en una de esas tiendas de falsas antigüedades que ella, con su pandilla de amigas sudamericanas y la liguanesa Joy Steenton, la hija del Auditor General del Estado y nieta del celebérrimo juez que cursó el indulto para Big Tom Ramírez- Allí, él se las imagina, jamás las ha acompañado, revuelven, parlotean, sopesan, descartan, parlotean, atraviesan rígidos cortinajes mugrientos, parloteando, se paran, mirar, acarician artículos con pieles o viejos abrigos de piel que cuelgan, sin dejar de hablar de obvie y nimie, esas dos demiurgés de las formas burguesas del decadente occidente post industrial. ¿O se estarán revolcando con sudorosos cuerpos jóvenes, y gritan y jad? No. DJ golpea con el puño cerrado en la pared. Me es fiel, se dice, Lo sé. Es joven, bulliciosa, temperamental y un poquito, un poquitito cursi, pero sabe dónde está su comedero.

Un marido enamorado, se justifica, no puede evitar estos traicioneros golpes de celos. Máxime si ella es joven, Casi, se dice, veinticinco años más joven que él, que Yo. ¿Comedero?, se sobresalta. Le disgusta, le desagrada sobremanera pensar así. Leticia, se dice, casi se grita por dentro, Me ama. Me ama a mí.

Mamá me mima, mamá me ama, mamá me mama, mamá me moma, la mona mama la mina.

Cuando está a punto de volver al interior de la casa, ya anochecido, con los faroles callejeros encendidos de hace ya un rato, Antonio ve un taxi que se acerca, con las luces cortas encendidas, y se detiene frente a su portal. Tras unos instantes Leticia se baja del mismo, y agarra un bolso de lona que, al parecer, manos amigas le entregan del interior. Detrás de Leticia se baja su amiga, la bella señora Donatti, argentina también, a la que Leticia, no en su cara, la llama la Sambayona. Dios

mío, se dice Antonio. Justo hoy, añade. Hubiera añadido lo mismo cualquier otro día. Pensar eso lo hace sonreir y sus rudas y malignas ideas de recién se le nimban de una rara dicha. No le interesa indagar en más porqués. Anda de prisa, las manos en los bolsillos, de pared a pared. De abajo suben sonidos claros, como efervescentes, salido de una botella de agua gasificada abierta un minuto antes. De pie, Leticia, en la acera, ante el portal, se despide de gente invisible. Hay una segunda sombra, más achaparrada, a un paso de ella.

-Ciao, Aria, y hasta pronto –Se despide Leticia

-Adeu, Cuchicha –se despide la otra, con voz espesa, carnosa.

-Cuídate, Leti, mujer de famoso –le contesta a Leticia, de dentro del vehículo, una voz precisa y ligeramente vibrátil-. Las nenas chicas se acuestan temprano, ya sabés, a hacer nono.

Una risotada, vaga e imprecisa, y la portezuela se cierra. El negro vehículo de alta techumbre y motor a dos tiempos se pierde en los meandros de la noche, entre recortados bultos de parterres.

Son ocho y media y algún minuto. Ha sido un luminoso y tibio día de junio. La noche se promete serena y ligeramente fresca, como a él le agradan. Antonio ha planeado tomar un par de copetines con Leticia, comer algo ligero que ella prepare bajo su mirada, ya que le gusta verla atarearse canturreando siempre, en la cocina, y después irse los dos a la cama temprano, acariciarse, hacer el amor y oírla hablar, y acaso contarle alguna historia, falsa o genuina, hasta que ella empiece a esconder bostezos. Entonces apagar la luz y oírla dormirse, y con suerte dormirse rápido él también.

Hasta los cuarenta, o por ahí, DJ jamás había tenido problemas ni con el sueño ni con recordarse. Desde entonces los tiene, y por desgracia crecientes, en ambos sentidos. Hasta hace un par de años se había

negado a tomar nada. Ahora toma, para dormir, un suave hipnótico, y para levantarse un tónico embotellado, que guarda en el cajón de su mesa de noche. Se llama Isotolmer, y según el prospecto sirve para regular la ansiedad y ahuyentar y remontar la abulia matinal; no es de farmacia sino de herbolario. Lleva minerales, según el suscinto prospecto, confusamente redactado, sodio, silicato de carbono, vitaminas y diez milígramos por onza troy de efedrina, que según se informó Antonio, es una paranfetamina. Una onza troy son unos 30 gramos, más o menos. El frasco trae ciento veinticinco ml, según la etiqueta, o sea mililitros, que secos, serán unas cuatro onzas troy en total, de las que resultan cuarenta milígramos de efedrina. Un frasco a la semana, dos cucharadas soperas al día. Bobadas, se dice DJ, Sandeces. Hay que creer, hay que creérselo, se dice. Si no ¿para qué comprar, para qué gastar? Un frasco por semana, dos cucharadas soperas al ras al día antes de levantarse. La pintura è certa cosa que mi vene al mente. Tutto è cosa mentale.

Los británicos se están armando un buen cacao, como diría Leticia, con las directrices, por lo general absurdas, de la comunidad económica europea, o como diablos se llame, que los obliga a arrinconar, paulatinamente, sus entrañables onzas, sus libras y pies y Fahrenheit en beneficio del tópico y ¿lógico? sistema metro decimal. Ojalá tuviésemos doce dedos, se dice Antonio, y, estupefacto, comprende que esa frase al pasar es lo único válido, útil, que le ha sobrevenido en este nefasto día. Corre a su despacho, a solas, sin embozo, a anotarla. Y la anota, a la luz del lamparín de mesa, que ha encendido de un manotazo, con mano febril, ansiosa. Ehhhh, para, se dice, No es para tanto. Apaga y sale. La frase está salvada, ya no librada a la frágil memoria humana.

Minuto y medio después o dos, Leticia entra por la puerta principal de la planta baja del ático, la tercera del edificio, y llama, con una voz algo más fuerte de lo habitual:

-¿Antonio? ¿Estás aquí?

A él le hubiera gustado no responder; esconderse si no en el cuarto de baño, o escaparse por la única puerta de la planta alta, pero sabe que lo sabio no es siempre lo mejor. Prefiere dar la cara, ya que su adorable mujer viene con otra, una amiga, y se enfadará si su famoso marido no hace acto ipso facto de presencia.

-Ya bajo, cariño.

-Estuve en Chaina Jaus.

Leticia está preciosa, con un chal plateado sobre los hombros, una chaquetita abierta, un medallón al cuello, que se pierde en el escote generoso de una blusa color canela ceñida, botas altas y un pantalón con raya, a rayas verticales, muy finas, de infinidad de colores, y muy ajustado, eso sí, a las nalgas, como comprueba Antonio cuando ella se gira para cargarse la bolsa al hombro, que hasta ese momento estaba en el suelo, a su espalda. La señora Donatti, Laura de nombre, Belizerna Galcerán Unzué de nombre y apellidos propios, casada con un meritorio médico también argentino, el doctor Donatti, que misteriosamente no practica ni la psicología ni la psiquiatría, sino la medicina general, aunque especializado en pediatría, que alguna vez que otra ha estado allí, en casa de los Díaz Jardim, con su mujer, obedeciendo, en todos o casi todos los casos a invitaciones de Leticia para almorzar o comer, como se dice en Argentina, o a comer y cenar, como se dice en Liguania, aunque en alguna rara ocasión ha caído sin previo aviso, con su mujer, traídos por Leticia. Hoy no ha venido él; ha venido ella sola, la señora Donatti, lo cual es mucho más grave. Porque si en presencia de su cón-

yuge se muestra mal que bien comedida, cuando éste no está no tarda, no tardará en coquetear, de forma sibilina y ambigua, pero no por ello menos explícita, con Antonio, ante la indiferencia de Leticia, algo que a veces a Antonio lo sordamente irrita, aunque jamás se lo ha reprochado, ni con palabras ni siquiera con gestos, a su joven, turgente y deliciosa media naranja.

Un minún pa relamberse, ché, botija, como Antonio oyó una noche, referente a Leticia, que se exhibía, No, se paseaba, ella a solas, en la casa del embajador de Paraguay o Uruguay, a lo largo de una de esas fiestas diplomáticas a las que Leticia de vez muy en tanto, lo arrastra – a DJ.

-Esta noche sí, vidita; cantan los Calpincanchunes.

El sambayón, según lo que sabe Antonio, era una masa dulce, ligera, hecha con leche, harina de calabaza o zapallo, miel o azúcar, vainilla y canela en rama, de origen italiano, en honor a San Baggino o San Baggiano, un oscuro santo de la Campania, probablemente legendario. La costumbre del sambayón, como la del fainá, se había perdido en Italia, pero subsistía en el Río de la Plata, y la señora Donatti, Laura, era muy aficionada a esa mixtura, fuera como postre fuera como helado. De ahí el apodo que le ha puesto Leticia, que la conoce desde hace poco, no más de un par de años. Se conocieron en Bristol, de veraneo, y como las dos son argentinas y residen ambas en Londres, lo que pudo y debió ser una fugaz amistad de week end se ha transformado, o trastornado, en una amistad de telefonazo diario o día por medio y citas muy seguidas; las visitas a la casa de los Díaz Jardim, por parte de Laura, no bajan de una por semana, y para Antonio constituyen bastante más que una mera molestia, aunque distaran, dicho sea en honor a la verdad, de ser un calvario. Laura no sólo es bella, aunque más bien baja y

rellenita, casi tan bella como la propia Leticia, acaso tanto o más que Leticia a ojos menos parciales que los de Antonio. Laura es elegante, inteligente, cultivada, muy instruida, hablaba el inglés y sobre todo el francés, como si fueran sus idiomas maternos, y además, con idéntica soltura, se expresa en guaraní, porque su familia materna posee una gran finca en Catamarca, donde todos los peones y criados de ambos sexos hablaban ese idioma precolombino y apenas si conocían el español. Esto era algo que le interesaba muchísimo a Antonio, para su trabajo, pero la personalidad exuberante y peligrosa de Laura le había impedido, hasta el día de hoy, ahondar seriamente en el asunto.

-Se ve que te has traído una buena carga de China House.

-Cositas divinas, mi amor, ya verás. Esta casa cambiará como de la noche al día. No pongas esa cara, porque se me han ocurrido otros cambios, como colocar hornacinas en las lámparas de techo. Y cambiar por trípodes con una lámpara boca abajo todas las lámparas de pie, con pantalla o sin ella. Quedará monísimo.

Laura, dos pasos atrás, le sonríe a Antonio con una sonrisa entre cínica y conmiserativa, que además quiere ser cómplice.

-He leído tu último libro –dice, con su voz raúca, deliberadamente sensual-. Eres un verdadero escritor; el mejor de nuestro idioma, sin duda. Un día te tendrán que dar el Nobel; ya te lo tendrían que haber dado. Sé sincero. ¿No estás de acuerdo conmigo?

-El Nobel, como todos los premios, tiene mucho de lotería. Hace nada se lo han dado a Paz y a Cela, uno tras otro. Eso significa por lo menos veinte años de exilio, para el español. Ahora se fijan en escritores africanos, o salidos del horror de la abolida Cortina de Acero, con algún europeo occidental o americano intercalado a modo de aceituna en el martini.

-El verdadero martini se hace con dos aceitunas, aunque a mí me gusta con guindas, dos guindas.

-¿Nos preparas un copetín, cariñín? Anda, sé bueno. Yo tengo que lavarme las manos; no sé si darme una ducha. ¿Quieres tú darte una, Mema?

-No, ducha no, pero lavarme las manos por lo menos, y retocarme la cara, te lo agradecería.

-Pues subamos juntas, mientras Antonio nos prepara los cocktails. Cargaditos, cielo. Martinis, ¿no, Mema?

-El mío como los de Churchill. La botella de Martini basta que se quede en el aparador. ¿Guindas tienes?

-Si te refieres a cerezas, me temo que no.

-No se te olvide la rodaja de limón, Antonio. Da chic, colocada de canto en el borde de la copa.

-¿Por qué no subes tú primero?

-Mejor no, Mema. Un día Antonio se va a hartar y nos va a tirar a las dos por la ventana. Son cuatro pisos de techo alto, desde arriba. ¿No ves que Antonio es un hombre serio? Para él lo primero es su trabajo; lo segundo yo; lo tercero nuestras cuentas corrientes y lo cuarto Mondrian. Se quiere comprar un Mondrian, y cuando Antonio se propone algo, preparate pal domingo, porque lo consigue.

-Mondrian es de risa, Antonio. Te puedes fabricar uno tú mismo. Nadie notaría la diferencia. Debió ser delineante, no pintor.

Antonio no pronuncia palabra hasta que las dos mujeres se pierden de vista, riéndose, con la bolsa de las chucherías, escaleras arriba. Acto seguido prepara los dos martinis, con sus sendas finas rodajas de limón hundidas de canto en el borde de las copas. El se sirve otro whisky, con más whisky y menos sifón. La presencia en la casa de la se-

ñora Donatti, o Laura, como él la llama, o Mema, como la llama Leticia, le pone los nervios de punta, lo cansa antes mismo de empezar.

El día, sea como fuere, termina mejor de lo que Antonio ha presentido, o temido; mucho mejor. La señora Donatti se queda sólo tres copetines, y aparte de muchos parpadeos y burlas sobre Mondrian, más unos pocos amagos de coqueteo y alguna referencia al Nobel y a los libros de Antonio, se muestra comedida, resulta soportable. Se ha largado, por fin, cerca de las once. Antonio, que se siente cansadísimo, resopla de alivio, a solas, cuando Leticia va a acompañar a su amiga al ascensor.

Leticia regresa en cinco minutos

-¿Honey?

-Estoy aquí.

Antonio ha subido a su despacho para elegir una novela de detectives que leer en la cama. Antes, piensa, no sin cierto sentimiento oscuro de frustración, de que una chica de menos de treinta años (los cumpliría en octubre), por mucho que lo admirara y lo amara no podía saciarse con la mera experiencia que ella le atribuía, y que Antonio, aunque sólo lo reconociera para sí en sus horas bajas, dista de sentir que la tiene. ¿Qué es, por lo demás, la experiencia? Él nunca ha sido un mujeriego, un donjuán, un casanova, aunque se le considera, por regla general, junto a Charlie Fuentes y a Vargas Llosa, tal vez un paso por delante de los dos, el escritor de lengua española más apuesto, sexy y atractivo. Sexy; Antonio detesta esa fútil expresión, mal traída del inglés. Él no está en contra, ni mucho menos, de que el monótono y rimbombante español se barbarice, día tras día, con expresiones, en un noventa y nueve por cierto, traídas del ingles. Él mismo las usa con el mayor desparpajo en sus narraciones, y no sólo en los diálogos. Pensar en

la literatura, su refugio, su última amistad, lo alivia un poco de sus inminentes obligaciones de almohada.

-Mira dónde te habías metido.

-Busco un libro, querida. Sabes que me resulta difícil dormir.

-Y en cuanto yo me duermo tú te incorporas del lecho, sigiloso, te pones tu robe de chambre, el que sho te regalé, y te vienes aquí a leer. ¿Lo has encontrado?

-¿Qué?

-¿Qué va a ser? El libro.

- Tengo varios entre los que escoger. Aún no me he decidido.

Se decide, al fin. Extrae un volumen de cubierta chillona y tapas duras de entre otros semejantes y lo deja sobre su mesa de despacho. Se trata de una novela policíaca de las antiguas, The beast must die, firmada por Nicholas Blake, pseudónimo, piensa DJ, del excelente poeta Cecil Day Lewis. Él, DJ, como lector, prefiere al pseudónimo narrador de enigmas al exquisito poeta, laureado por la corona, si la memoria no le falla, en los últimos años cincuenta.

-Me lavo los dientes y estoy contigo –dice, con cierta soltura no del todo lograda.

-Sho te espero en la camuchy –le contesta Leticia, con una sonrisa que procura ser prometedora.

Uf, bueno. La cosa ha salido, dentro de todo bastante bien. Antonio, ya lavados sus dientes, ya en la cama compartida, ya encendido el velador, hoy celeste, ya terminados todos los prolegómenos, siente a Leticia gemir, temblar, con la piel erizada, sacudirse y patalear con uno o varios orgasmos antes que él eyacule por primera y única y última vez. A mis cincuenta y tres, piensa DJ; se dice que Día llegará en que; se dice que Mejor no pensar. Le cuesta recuperar el resuello, tendido en la

cama boca abajo, con un brazo colgando del borde al suelo, que roza con la punta de un dedo distraído; roza pelambre: la alfombra de kash-baharah que Leticia mandó hacer, a doce libras el pie cuadrado, para cubrir buena parte del amplio dormitorio, cama inclusive.

¿Por qué, se pregunta sin mayor interés DJ, la gente se empañará en llamar orgasmo a la eyaculación, cuando el orgasmo es una sensación exclusivamente femenina? La mujer tiene orgasmos, que son un mecanismo vaso-constrictor vaso-dilatador; el hombre eyacula, expulsa un líquido. En cuanto a las sensaciones, una eyaculación puede ser buena o mediocre, maravillosa o inoperante; el orgasmo, en cambio, ¿qué? Una vez, una mujer, ella sí cargada de experiencia, le había dicho a Antonio, mesa de por medio en un congreso de escritores:

-El hombre, querido Toño, tiene una flauta con un solo orificio, su escala de sonidos es bien pobre; la mujer en cambio tiene un Steinway; tiene una filarmónica entera, en algunos casos.

-¿El tuyo?

-El mío. Soy lo que los hombres, bestialmente, llaman una ninfómana. Las ninfómanas no existimos, no existen. En puridad, según Freud, según Jung, inventor del término, Arlet y demás seguidores, la ninfómana es insaciable, jamás está satisfecha. Yo, cuando encuentro a un hombre que me entiende, que se apodera de mí, me abandono a él, disfruto y me siento saciada. Tú serías un gran escritor, Antonio, a la altura de tus venerados maestros decimonónicos, si las mujeres te dejaran impávido, como a James o a Flaubert, o si fueras, por el contrario, un mujeriego inveterado, insaciable, como el pobre Stendhal, que admiraba a aquel tío suyo que había tenido veintitrés queridas, o Balzac, que había mandado construir, para sus laboriosas conquistas amorosas, un enorme diván circular, en el que las sentaba, a sus invitadas, y don-

de, si el éxito le sonreía, empezaba, continuaba y terminaba –y añadió, con un retintín malicioso-. Supongo que eres consciente de la poca importancia que tenemos las mujeres en tus novelas, Antonio, my dear.

Era verdad. Entonces, unos diez a doce años atrás, era una cruda y casi afrentosa realidad; rehuía de los personajes femeninos en sus libros porque en realidad no terminaba de entender los móviles profundos de la mujer para obrar como fuera que lo hiciera. Antonio había intentado, tenazmente, remediar aquel problema, cubrir aquella ominosa carencia, corregirla y corregirse, en concreto a partir de aquella ya lejana conversación. La mujer en cuestión, una puertorriqueña, Alicia González Travis, magnífica poeta, buena prosista, autora de algunos brevísimos relatos espléndidos, tendría entonces cerca de sesenta años. Hoy vive todavía, aunque Antonio hace ya años que no la ve ni sabe apenas nada de ella. Le han dicho, no hace mucho, que la pobre mujer sufre de una avanzada artritis deformante. Recuerda haber sentido una enorme pena cuando se lo dijeron, en la embajada uruguaya de París. Se lo había dicho el propio embajador, que no era otro que el narrador y excelente poeta Jorge Vancouver, conocido sobre todo por las letras de muchas canciones que cantaba el idolatrado y ya fallecido Alfredo Zitarrosa, uno de los pocos cantores a los que Antonio escuchaba con placer. El recuerdo lo llevó a tentarse con la idea de poner un CD de Zitarrosa, pero temió que lo distrajera en la lectura, y estaba leyendo una novela bien llevada, con una intriga interesante; aunque ya la ha leído en más de una ocasión, la novela le confiere un placer renovado y diferente con cada nueva lectura, y esta noche la quiere terminar antes de tratar de dormirse; quiere llegar al tremendo final con los párpados a medio cerrar. Entonces le bastará con que sus pies lo lleven al baño, a orinar, y después a la cama, mientras sus brazos le quitan, por

el camino, en penumbras, la lujosa bata que Leticia le ha regalado pocos meses antes y que él detesta ponerse, sobre todo por las filigranas doradas que la realzan y por el absurdo monograma de leones rampantes que tiene en los puños y los dos bolsillos, el del pecho y el amplio y hondo de debajo del cinturón, que Leticia, como esta noche, le suele atar con una gran moña, mientras le dice lo bien que lo ha pasado en su compañía.

-El sexo es maravilloso si se practica con el ser amado, Tonio. Me dejas saciada, ahíta, porque no hay nada como la experiencia, y tú, picarón, la tienes de sobras.

Antes que Leticia se duerma, Antonio le cuenta un sueño, que tuvo añares atrás, y que esta noche precisa recuerda con una vividez casi mágica.

El sueño es así.

-Lo soñé una noche, hará unos ocho o diez años –dice Antonio, con voz átona, como metido dentro de aquel sueño; Leticia lo escucha con esa atención concentrada con que siempre lo escucha cuando él le habla de libros, en especial de sus propios libros, o de historia, sobre todo cuando se trata de la historia de Liguana, o de su propia vida, o de sus planes, proyectos e ideas. Sueños, que él recuerde, nunca le ha contado, ya que él no suele soñar, o, mejor dicho, no suele recordar lo que haya soñado; a lo sumo despierta con sensaciones borrosas, difusas, remotas. Aquel sueño que hoy le cuenta a su hermosa y joven mujer legal es diferente; lo recordó y, encima, le quedó; y esta noche tardía le ha vuelto vivísimo.

"Lo soñé con una extraña sensación de realidad, y cuando me desperté pensé anotarlo, pero antes de hacerlo me apercibí de que jamás lo

olvidaría, de que anotarlo era innecesario, un acto gratuito. Un día, acaso, lo meteré en alguna novela.

"Yo entonces tenía doce años. Vivíamos en Buenos Aires, donde mi padre, diplomático, ya sabes, era agregado comercial.

-¿De Liguania?

-No de Liguania, jovencita –Antonio frunce el seño y sonríe mientras sacude un dedo admonitor ante el rostro expectante de Leticia-. Entonces Liguania era un dominion británico, y mi padre era un diplomático que representaba al Reino Unido. Lo enviaban, por regla general, a países de habla hispana, en los que un diplomático británico, nativo de una remota colonia, que se expresaba en español tan bien como sus anfitriones, producía su efecto. Los ingleses son astutos; gobernaron el imperio más grande que haya nunca iluminado el sol.

Leticia enciende dos pitillos y le pasa a él uno.

-Wait a moment –lo admonice; se incorpora, descalza y desnuda, arranca con sus largas uñas azules su bata del respaldo de una silla y se la pone, se ata el cinturón, se calza sus chinelas sin tacón, todo en un único, largo, veloz y a la vez lánguido movimiento y sale.

Volverá con una botella de champagne, DJ ya lo sabe. Le pedirá que la abra y aplaudirá y se deleitará lamiendo el burbujeo que irrumpirá del gollete; dos copas traerá en una pequeña bandeja de plata, con el anagrama, que ella mandó grabar, del bendito león rampante.

Y vuelve. La operación se cumplimenta; ella se lametea los turgentes, ansiosos labios; él sirve en las dos copas, morosamente, esperando que primero se llenen de espuma y poco a poco la espuma desaparezca para volverlas a llenar. Leticia aplaude, Ay qué bien, qué rico es bien friíiio, después de, ji ji, ¿te gustó?

-Me has dejado descoyuntado –reconoce Antonio.

-Qué bien –ella sorbe delicadamente del borde de la alargada copa, dice-. Continúa, amor.

-Vivíamos –dice Antonio- en un apartamento de un sexto piso frente al mar, en un barrio que se llama Martínez.

-¿Así, como una persona?

-Martínez –repite Antonio-; un barrio elegante, de casas elegantes y grandes mansiones.

-¿Tú vivías en una mansión?

-Yo asistía a un colegio privado, inglés, que se llamaba Lady Cornwalis Memorial School. Le decían el Memórial, a la inglesa, acentuado en la o. Llevábamos algunos años en Buenos Aires, desde que yo tenía nueve. A causa del traslado, que fue inesperado y bastante repentino, yo tuve que repetir un curso, el 3º. Primero me mandaron a un colegio que se llamaba British School; después, tras un único curso allí, al Memorial. El sueño ocurre en el aula del sexto curso del Memorial.

"¿Nunca se te ha ocurrido pensar en lo mucho que ha influido el cine en nuestras vidas, y concretamente en nuestros sueños? Aunque no acostumbro recordar mis sueños, las pocas veces que me acontece recordarlos los revivo en colores, en technicolor inclusive, en cinemascope, también en blanco y negro, según qué sueño sea, o con la gente del sueño moviéndose a sacudidas, como en las viejas películas de Charlot. Yo sueño como si viera una película. Estoy seguro que en tiempos de Dickens o Balzac no se soñaba así, con zooms, primeros planos, plano/contraplano, etc. Yo sueño sueños que han sido elaborados en una sala de montaje. Mis sueños, al menos, siempre han sido así. Yo a veces me veo en ellos, a veces soy nada más que la cámara, que registra lo que acontece. Siempre he tenido sueños muy realistas, como dicen que

los tienen los psicópatas paranoicos. Ninguno, no obstante, tan realista como éste que pretendo contarte.

"Imagínate un aula, de techo muy bajo, con filas de pupitres a los que se sientan, en cada uno, dos alumnos, chicos y chicas. La cámara, digamos, está fija en la fila del fondo, la última. Aunque en ningún momento se ve lo que hay detrás yo sé, en el sueño, que estoy en la última fila, y que a mis espaldas hay un piano, hay un globo terráqueo en su soporte, hay bancos rotos, sillas en desuso, una pizarra deteriorada; el techo es muy bajo, exageradamente bajo, como en El proceso, un libro que yo aún no había leído.

-¿Ése que me contaste, que la gente se tiene que llevar almohadas para no lastimarse contra el techo?

Antonio asiente; lo irritan las interrupciones de Leticia, algo que rara vez le ha ocurrido hasta esta noche; es porque tiene que contarle su sueño, porque necesita contar su sueño. ¿Por qué aquel sueño de hace años me ha asaltado de súbito esta noche, después de un coito, diga Leticia lo que quiera, No demasiado afortunado por mi parte? ¿Habrá algún recóndito mensaje sexual en aquel sueño? ¿Alguna simbología fálica, alguna alegoría del acto de fornicar, coitus interruptus, qué?, se pregunta Antonio, impaciente.

"La pizarra, al frente, está lejísimos, es sólo una mancha cuadrangular, que parece estar a kilómetros de distancia. Hay una maestra, junto a la pizarra y detrás de una mesa escritorio de pequeñas dimensiones. Viste enteramente de negro, pero, aunque muy lejos, sus facciones se aprecian con cierta claridad. Suena una campanilla, que indica el final de la clase, y de una de las filas de pupitres intermedias se extiende un brazo y se medio incorpora, tras el mismo, una chica de cabellera rubia enredada.

‘May I collect the --?, pregunta.

“Entonces zoom desde el fondo hasta un primerísimo plano del rostro, a la vez pétreo y furibundo, de Mrs Foster, la más temida y odiada de todas las maestras del colegio. Es una inglesa, o era, habrá sin duda muerto, con una cara afilada y de morro salido, con la frente arrugada, un moño de pelo grisáceo que se le desfleca, una nariz diminuta, ojos diminutos y malignos agrandados por los cristales de sus gafas, y la boca y el mentón protuberantes, agresivos.

Mrs Foster dice, primero con una voz suave, casi delicada, que poco a poco va sumando decibelios hasta convertirse en un bramido feroz:

“-How many times did I tell you that “collect”, in the sense you use it, doesn’t mean anyting in English? And the same for “carpet”, which in English means alfombra, una alfombra de reducidas dimensiones. What you must ask is “May I gather the envelopes, without forgetting the words “please, Mrs Foster?” Have you understood, Carmela? And all of you, have you understood what I say?”

“Mientras pronuncia las últimas frases, con el fondo de un sordo murmullo masivo acaso de asentimiento, Mrs Foster se acerca a la pizarra, al mismo tiempo que la cámara se aleja de su rostro feroz y la muestra moviéndose de cuerpo entero. La cámara ha vuelto --ha habido un corte, sin duda-- al fondo del aula, pero ahora, aunque la masa de alumnos, que están de espaldas al objetivo, sigue bastante borrosa, a Mrs Foster y a la pizarra, y también a un gran globo terráqueo que está sobre un pedestal entre la mesa escritorio y la pizarra, se los ve con toda nitidez. Mrs Foster tiene una tiza en la mano; no se ha visto de dónde la ha sacado; quizá estaba encima de la mesa escritorio. No sé. Ya la lleva en la mano cuando pasa por delante del globo terráqueo, al

que hace girar con la mano izquierda, violentamente, de tal modo que el zumbido de la tierra que gira crece, disminuye y muere mientras Mrs Foster anota la pregunta correcta en la pizarra, con grandes, clara, nítidas mayúsculas inglesas, sin ángulos, sin líneas rectas; hasta la I mayúscula de "yo" en inglés tiene una especie de lazo en lo alto y al final de una suave curva termina con un brusco cierre hacia adentro; la eme son dos simétricas jorobas de dromedario, sin espacio entre ellas; la A es un arco, como el trazado lineal de una bóveda, atravesado por un segundo arco más breve, cóncavo, no convexo, lo que le da a la letra una particular asimetría: la i griega es un curioso firulete, que empieza, en lo alto, con una cerrada curva cóncava que se atraviesa a sí misma por una raya vertical que se abre ligera y paulatinamente hacia el interior de la curva y, después de atravesarla, se desvía en sentido contrario y acaba con un lacito que parece empezar a enroscarse sobre la base, digamos, de la raya a la que remata; y así sucesivamente, no te voy a describir letra por letra el mensaje, aunque ahora mismo las veo a todas, y a la mano que las traza, con absoluta claridad, como si de hecho las tuviera delante de los ojos.

"Carmela, la recuerdo, Carmela Bazán, era una chica preciosa, aunque algo impetuosa, de una familia muy adinerada, de la más elevada alcurnia además, sobre todo por el lado de su madre, una Núñez de Artagabeytía; su tío abuelo materno era uno de los más grandes terratenientes del país, propietario de un fundo de ciento cincuenta mil cuadras, heredado de su padre, que a su vez lo había heredado del suyo. La casta de latifundistas, de origen vasco, en su gran mayoría, tenía la firme tendencia a mantener intactos, por lo menos, sus dominios, de una generación a la siguiente; se hacía mediante acuerdos monetarios entre el mayorazgo, o, mejor dicho, el mayor de los varones, y sus hermanos

y/o hermanas, caso que los tuviera, que era lo habitual. El abuelo materno de aquella chica era un segundón, pero vivía en un espléndido palacete, al que llamaban la Casa de los Ciervos, porque tenía dos ciervos de bronce a los lados de la avenida que atravesaba el parque que circundaba la casa. Los ciervos se podían ver perfectamente desde la acera, no así la casa, que estaba casi enteramente oculta al fondo de un bosque de álamos plateados cercados de encinas africanas, negras y altísimas, sin ramas hasta la copa, de la que se extendían varias, todas hacia arriba, y estaban llenas de espinas largas como un dedo.

-¿Qué son cuadras? –preguntó Leticia.

-¿Y tú, una argentina, me preguntas eso?

-Mi familia no tiene estancia, cielín. Porque supongo que tus fundos y latifundios no son otra cosa que estancias, ¿no?

-Así las llaman en el Río de la Plata –respondió Antonio, y añadió, con su habitual precisión pedagógica- Una cuadra es una medida de extensión, es decir, en dos dimensiones, que mide 96 metros y algo de lado; o sea algo menos que una hectárea, que, como su nombre indica, tiene cien metros de lado.

-¿Su nombre indica qué?

-Que tiene cien metros de lado.

-¿Por qué?

-Porque hectos, que viene del griego, significa cien.

-Ay, cielín, tú sí que lo sabes todo.

-Si cada grano de arena del Ganges fuese otro Ganges, y cada grano de arena de esos otros incontables Ganges fuese otro Ganges, la cifra total de granos de arena de todos esos Ganges sería menor a la cantidad de cosas que ignora el Buda. Imagínate yo, que soy sólo un escritor de la remota y casi inexistente Liguania; ¿Qué puedo saber yo?

-¿Y sho entonces qué, corazoncito?

-Entre lo que yo sé y lo que tú sabes, comparado con lo que ambos ignoramos, no hay apenas diferencia, querida.

-Ay, qué bien. Casi me siento sabia.

-Lo eres. La sabiduría poco o nada tiene que ver con el conocimiento, sino con la sed de conocimiento, y tú tienes una sed insaciable, un hambre voraz de saber y entender.

-Ay qué bien, Tonio. La de cosas lindas que me dices. Estoy segura que no hay en el mundo otra mujer tan afortunada. Sigue con tu sueño, please. Me tiene en ascuas.

OJO después de terminado el sueño.

Antonio se calla; se percata de que respira demasiado fuerte, de que su pulso se ha alterado. Nunca olvidará, es consciente, aquel extraño, misterioso sueño cinematográfico, en blanco y negro.

De repente piensa en algo que una vez estuvo a punto de decir en una ronda informativa, frente a un centenar de periodistas de distintos lugares del globo. Era en Boston, y precedía a la presentación en librerías de su novela El Rombo, o Metrodoro frente al Gran Tetrágono, acaso el más ambicioso de sus libros aunque no el mejor, a pesar de que muchos lo consideran como a tal. En aquella ocasión, hará acaso cuatro años, tres años y pico, Yo aún no había conocido a Leticia, se dice DJ, entonces, en Boston, sí, una periodista joven, rubia, atractiva, acaso hermosa, que estaba sentada lejos, en la cuarta o quinta fila de los asientos dispuestos en semicírculo en torno a la mesa con la jarra de agua y los sendos tres vasos a la que se sentaban Nearcey Madrono, en representación de la agencia literaria En and Em, Philip Johanssen, como editor en nombre de Chimneys House, la editorial que se había hecho con la publicación del libro, que saldría simultáneamente en espa-

ñol y en inglés, y él, le preguntó, la chica, si era verdad que tanto les costaba a los escritores enfrentarse a la hoja en blanco, sobre todo si era la primera. Él, en vez de sacarse de encima la pregunta, tan tópica, tan common place, con unas pocas y corteses palabras adecuadas prefirió, sin entender aún hoy por qué, qué lo había movido aquella tarde bostoniana a hacerlo, contestó a la muchacha con una respuesta larga, elaborada, exhaustiva, completa; le dijo, mirándola, Era realmente bonita ahora que me acuerdo, que él no empezaba un libro por la página uno, sino que primero escribía una rápida síntesis del asunto central de la novela, que a veces no pasaba de unas pocas líneas y a veces podía extenderse a quince o veinte páginas manuscritas, y que a partir de aquel núcleo, que en ocasiones quedaba años dormido, olvidado inclusive, llegaba el día en que empezaba a desarrollar la novela; que sólo después de mucho anotar frases, escribir fragmentos, describir amaneceres o el andar de un borracho o de una pareja de enamorados, divagar, pasearse, inventarse un diálogo y muchas otras actividades inconexas más, sentía, en un fatal día quizá predeterminado, No es que yo crea en Dios, es claro, ¿pero y el Sino, el Destino?, encerrado en su despacho, que la novela estaba madura para nacer, que ya había terminado con su ciclo, digamos, fetal, y que era hora de ponerse a alumbrarla. Entonces, tal vez en ese mismo momento, tal vez al día siguiente o pasados unos días se sentaba frente a la máquina, frente a la temible página en blanco, a la concreta página uno, que en muchas ocasiones al final era la página cien o la página veinticuatro o dos o quedaba fuera del texto definitivo pero que en fin, sí, era difícil enfrentarse a aquella página concreta, en blanco, y eso que por regla general él ya sabía con qué frase empezaría, y eso lo facilitaba todo. Lo que no dijo, no entonces, no nunca a nadie, ni a Leticia, que no lo entendería, era que si la primera

página era difícil y a veces hasta se sentía pánico, la última era mucho peor, porque se sentía algo muchísimo peor que el peor de los pánicos, se sentía angustia, una inconcreta pero profunda, agobiante, desoladora, desalentadora y culpable angustia. Hoy piensa que si es difícil empezar una novela, es muchísimo más difícil terminarla, porque al punto final siempre lo sucede otro hipotético punto final, y a ése lo sucede otro, y al otro otro y así sucesivamente. Le había pasado. Poner el punto final a una novela, con esa mezcla de alivio y desazón, de euforia y vaciamiento que siempre le caen a uno, A mí, encima, mezclados sentimientos, entreveradas sensaciones, su cocktail de barro, según él lo llama, inspirado en el título atrabiliario que le habían puesto a una traducción al español de la novela Playback de Raymond Chandler. Sí, oh Dios, no. Terminar, pues, la novela, ponerle el punto final y después, al revisarla por la definitiva vez, alargar el punto final inicial hasta un segundo punto final, hasta un tercero, hasta un equis o ene punto final y cerrar la novela, cerrar todas sus novelas en un punto final aleatorio, casual, elegido por el azar; sí, en un punto final, rememora Antonio Díaz Jardim con la penúltima de sus sonrisas de aquel mal día que ya termina, pasadas las cuatro de la mañana, ya que mañana, o mejor dicho hoy, a las siete menos cuarto ante meridiam tendrá que estar de nuevo de pie. Sí, un punto final o un final sin punto, como en La manzana del inglés, quizá la mejor de sus novelas cortas, en la que el humorismo está mejor calculado, mejor colocado, novela que termina en un punto cualquiera, en concreto en mitad de una frase del soliloquio de Cielo Monasterio mientras hace pipí después de haber copulado repetidas veces con el pasivo y reticente Andrew Jackson Fife, máscara deformada y algo grotesca del autor, con rasgos del repugnante Ñame por un lado y rasgos del encantador asceta homosexual, y poeta, Birdie

Lawson-Less, suicida a los 33, por otro. 'Me mataré como Cristo, Diyai, Yardimcito', le dijo más de una vez Birdie a DJ, que no le creía, que ni de lejos se lo tomaba en serio, 'Jamás cumpliré treinta y cuatro, es mi número de la jetta, del mal fario, y ¿cómo puedo cargar a lo largo de trescientos sesenta y seis días, porque además para los treinta y cuatro me faltan siete años, 1980, bisiesto, mala cosa también los años bisiestos, que se inventó aquel siniestro papa Gregorio Nueve, u Ocho, no recuerdo bien, para que la Pascua Católica cayera en marzo u abril, jamás en febrero ni mayo, meses de lubricie'.

Quince minutos después, que ha ocupado con un vaso alto, cilíndrico, lleno hasta la mitad con Laphroaig, el whisky de malta que le había regalado Ashley cuando su última visita a Londres (vivía en Edimburgo), Antonio se lava los dientes y se acuesta, de forma harto sigilosa, para no remover el sueño ya rem (revolving eyes movement) sin duda, de Leticia, que no es que ronque, sino que emite un silbido entrecortado por leves gañidos, no gruñidos, por ligeras quejas, piensa Antonio, ya entredormido. Se duerme tres minutos más tarde.

Mañana, hoy, será otro día.

Para más información, o descubrir otros libros inéditos de Álvaro, visiten
alvarocastillo.net

Biografía resumida de Álvaro Castillo:

Nacido en Montevideo en 1948, Álvaro Castillo trabajó en la Agencia EFE y en el semanario Marcha antes de trasladarse, en 1973, a España, donde, además de publicar sus primeras novelas con Plaza y Janés, escribió para diversas publicaciones, como Cuadernos Hispanoamericanos, El Indiscreto Semanal o la revista Nuevo Índice, y colaboró en los guiones de la serie de televisión Curro Jiménez. Álvaro falleció en Madrid en 2015, dejando siete novelas inéditas que ahora se publican por primera vez.